

## CORRESPONDENCIA

## TIERRA SANTA

*En San Juan de Judea*

El R. P. Fr. Ramón García Muiños, misionero franciscano escribe al *Eco Franciscano* desde Ain-Carem el 7 de Septiembre de 1896:

ANTES de ayer sábado, á eso de la seis de la tarde bajaba esta Comunidad franciscana á recibir al Excmo. Sr. Patriarca de Jerusalén Mons. Luís Piavi, de nuestra Regular Observancia, quien acompañado de uno de sus canónigos venía á hospedarse entre nosotros, con objeto de administrar el Sacramento de la Confirmación á los niños de Ain-Carem, lo que verificó ayer muy de mañana antes de la Misa. Celebrada ésta y hecho un hermoso discurso al pueblo en lengua arábica, en que es verdadísimo el Rvmo. señor Piavi, se procedió á la ceremonia que era desde muchos días atrás la expectación del público cristiano.

Era la consagración de siete magníficas campanas que la pobreza de la Custodia de Tierra Santa y la piedad de algún peregrino han costado para este Santuario consagrado, como es sabido, al nacimiento del Santo Precursor del Mesías, y para el de la Visitación de María Santísima. Excuso decir que la augusta ceremonia resultó brillantísima, asistiendo toda la población católica de San Juan y mucha de

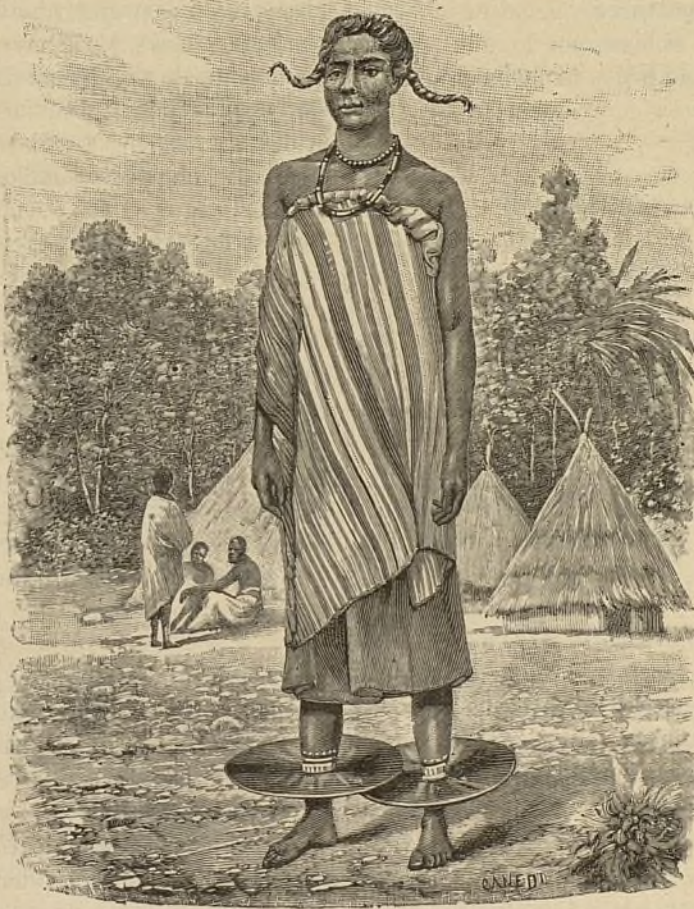
Jerusalén, sin que faltasen algunos rusos disidentes y griegos cismáticos, que son aficionadísimos á presenciar nuestras funciones, ni tampoco el fuego clásico de los sanjuaninos, que es el disparo de escopetas y pistolas de antaño.

El Señor Patriarca ofició de pontifical asistido por los Padres Franciscanos del Convento con algunos más que vinieron exprofeso de Jerusalén. Entre ellos se encontraban el muy reverendo Padre Procurador general de Tierra Santa, dos Padres Discretos y el muy reverendo Padre Secretario Custodial. Entre las personas seculares, he visto y saludado al señor cónsul italiano, que se encontró aquí accidentalmente, y al señor cónsul español de Siria y Palestina D. Francisco Javier Salas, invitado

particularmente y sin carácter oficial por el muy reverendo Padre Procurador, para asistir á una ceremonia tan relacionada con personas y cosas españolas.

Porque es de advertir que hace tres años próximamente que se concluyeron las obras de un magnífico hospicio, con elegante torre sobre el Santuario, erigido en el lugar preciso de la Visitación, que se halla á unos diez minutos de éste del nacimiento de San Juan Bautista. Poco después se comenzaron, y ahora están para concluir los trabajos de reparación y embellecimiento de este Convento, todo lo cual fué costado por España, que sólo para las obras de aquí me consta ha enviado 72,000 francos, á parte de otras cantidades también españolas. Todos estos trabajos harán de este Convento uno de los más deleitables, si no el mejor de Palestina.

Al lado de la iglesia se eleva una vistosa torre de más de cuarenta metros, donde se coloca un nuevo reloj venido de Europa, con cuatro campanas, las mayores de las siete ayer bautizadas y consagradas. Ambas torres y el reloj de ésta darán á toda la comarca un aspecto semejante al de aquellos antiguos monasterios internados en la espesura de un bosque ó bien dominado la vastedad de un desierto. Porque, si bien los contornos de este pueblo son de lo más delicioso de la Palestina, gracias á la abundancia de agua de la fuente que llaman de la Virgen (que aquí es un milagro encontrar un manantial así abundante y fresco), en lontananza, sin embargo, no se divisa otra cosa que montañas escarpadas sin un árbol que corone sus cimas ni una hierba que las embellezca.



Congo.—Una catecúmena de Aguleri. (Pág. 551)

Al pie del pueblo serpentea el torrente del Terebinto (mejor, el cauce sin una gota de agua), que recorre el valle del mismo nombre, donde se verificó el desafío de David con el gigante Goliath; todo está cubierto de olivos, casi único vegetal que se encuentra en algunos kilómetros de extensión. Las aldeas turcas, diseminadas y distantes unas de otras, se ven aquí y allá, ora recostadas á la falda de los montes, donde son abrasadas por el sol de Mediodía, ora no sé si diga hermozeando ó dando un colorido más tétrico á las colinas sobre que se asientan.

A todos estos pueblecillos llegará la voz de nuestras campanas, que no será, con seguridad, del agrado general de los fanáticos musulmanes; si bien, al menos al



presente y los más cercanos de nosotros, muéstranse satisfechos porque de ahora en adelante sabrán en qué hora del día y de la noche viven.

No puede negarse que es esto un progreso y una conquista, si se atiende sobre todo al carácter retrógrado y rutinario mahometano, que es el que en gran mayoría puebla Ain-Carem. Que si nuestros antiguos Padres hubieran podido alcanzar el *firmán* (léase permiso *in scriptis*) del Gobierno de la Puerta, no nos hubieran dejado tantas casas de la Custodia sin una pequeña torre ó sin alguna pequeña ó grande campana. Días hubo, días de terrible lucha y sufrimientos indecibles, en que no podía alzarse la cruz cristiana sobre nuestros terrados, y en que intentar hacer un simple campanario era una utopía, ó un sueño de cerebro enfermizo y mal organizado. La sombra de la cruz podía obscurecer la media luna, y el campanario cristiano amenazaría la existencia endeble del alminar turco.

Esos tiempos han pasado, si bien, por lo que se va viendo, se acercan otros de augurios nada halagüeños.

### BAJO NÍGER (Africa Occidental)

*La Misión de San José de Aguleri*

El R. P. Lutz, de la Congregación del Espíritu Santo, prefecto apostólico del Bajo Níger, escribe sobre su nueva Misión:

**E**RA á principios del 1891 cuando se trató de echar los primeros fundamentos de una Misión en el país de los aguleris, á tres cuartos de hora de esta tribu, en una altura que domina el río Amambara, afluente de la izquierda del Níger, y á una jornada de Onitsha.

Idigo, rey del país (*V. el grabado, pág. 533*), nos había llamado, prometiendo abrazar nuestra Religión y usar de toda su influencia para atraernos sus numerosos súbditos. Aunque la promesa de un jefe africano, generalmente es de poco valor, cumplió su palabra, se hizo instruir, y el 3 de Diciembre de 1891, día de la fiesta de San Francisco Javier, recibió la gracia del bautismo.

Los sacrificios que tuvo que hacer fueron grandes, pues en su calidad de jefe y de gran sacerdote poseía más de cincuenta ídolos, de virtudes diferentes, que en sus manos eran verdadero cuerno de la abundancia. A todo renunció generosamente, y aun consintió en repudiar seis de sus mujeres.

Soportó con constancia digna de elogio las persecuciones y amenazas de muerte de sus enemigos, y comprendiendo cuán difícil le sería practicar en medio de su pueblo la Religión del Dios verdadero, tomó el partido de retirarse á tres cuartos de legua, en una meseta elevada que le pertenecía, donde con algunos otros catecúmenos ha fundado una aldea cristiana.

Los comienzos fueron penosos, y durante algunos meses nuestra Misión sólo se compuso de un Padre, un Hermano, tres cristianos, y un puñado de neófitos más ó menos vacilantes.

A pesar de todo nuestro celo, el pueblo de Aguleri

permanecía inmovible. Si el trabajo era rudo, los consuelos eran insignificantes ó más bien nulos.

Este estado se agravó con los males de la guerra, guerra terrible entre la Compañía del *Royal Niger* y las tribus que nos rodeaban. Estas habían saqueado y destruido una factoría, y fueron castigadas con el saqueo é incendio de tres poblaciones importantes. Los habitantes huyeron, y doce de los principales jefes que se presentaron para negociar la paz, quedaron en rehenes.

Los misioneros nos hallamos entonces en un país devastado, sin recursos para reparar tantas ruínas, é ignorando si aquellas cabezas salvajes sabrían establecer una distinción entre nosotros, blancos misioneros, y los blancos comerciantes que acaban de castigarles tan duramente.

Poco á poco los indígenas volvieron á la aldea que habían abandonado á los primeros rumores de guerra. ¡Infelices! Veíaseles abatidos, consternados, miserables, sin chozas y sin víveres, reunidos por familias, en el solar de su vivienda, gimiendo y llorando. Como era nuestro deber, volamos en su auxilio. Numerosos eran los enfermos, y más aún los hambrientos; pero al advertir que nuestra influencia iba en aumento todos los días, y que se nos abrían los corazones, no calculamos las fatigas, y toda tarea nos parecía fácil.

Al cabo de un mes la aldea estaba reconstruida, y merced á un trabajo tenaz empezaba á gozarse cierto bienestar.

Nosotros también nos considerábamos felices. Cada vez que íbamos á la tribu éramos saludados con gritos de júbilo: enjambres de negritos se escapaban de todas las chozas, y nos salían al encuentro gritando:

—¡Ekené! ¡Ekené! (¡Salud! ¡Salud!)

En la segunda mitad del año 1892 obróse súbito movimiento en gran número de paganos, y nuestros catecúmenos no tardaron en demostrar disposiciones excelentes. Pudimos administrar treinta y un bautismos, casi todos de adultos.

La Providencia bendecía nuestra Misión de una manera especial. Nuestra aldea cristiana se ensanchó rápidamente. En torno de los edificios de nuestra Misión, hay al presente un centenar de chozas de indígenas, espaciales, casi lindas, habitadas todas por cristianos ó catecúmenos, cuya cifra total se eleva á unos doscientos. Aquí ya no hay sacrificios humanos ni ídolos: la imagen del Sagrado Corazón y la cruz de Jesucristo ocupan el lugar de honor en cada habitación.

Nuestros cristianos siguen exactamente los santos Oficios aun durante la semana, y al anochecer óyese la voz de los hombres dirigiendo al cielo la hermosa oración del Rosario. ¡Qué diferencia entre nuestros cristianos y los paganos de la tribu, que aun se alimentan con carne humana! Vese que la mano creadora del Omnipotente pasó por allí, trocando los lobos en corderos.

Esperamos en la misericordia de Dios, y suplicamos al cielo que multipliquen las conversiones, á fin de que San José de Aguleri sea pronto una gran tribu que extienda á lo lejos su influencia y sus beneficios.



## COLOMBIA (América del Sur)

*Misión de los Padres Capuchinos en el Chocó (conclusión)*

ESTUVIMOS en la Casa-Residencia algunos días para reponernos de nuestros achaques y descansar algo de las fatigas corporales y espirituales que traen consigo las tareas del ministerio. Reparados en el espíritu y en el cuerpo, tratamos otra vez de continuar nuestras correrías apostólicas. En esta expedición misionamos Tulunendo, Tanando y La-Troje. No me detendré en referir los pormenores de cada una de ellas, pues correría peligro de ser molesto y de contar casos que no llaman la atención; sólo diré que los habitantes de Tutunendo fueron muy dóciles: hubieron como 84 bautismos, 450 confirmaciones, 52 matrimonios y muchas confesiones y comuniones; los de La-Troje fueron muy duros y rebeldes, debido á lo cual tuvieron que trabajar mucho los Padres para arreglar aquella gente. Terminadas las tres referidas Misiones, nos reunimos en Quibdó para celebrar la Semana Santa y la fiesta de Pascua, pues que había transcurrido un año desde que se habían celebrado dichas fiestas con tanta solemnidad en la capital, como llevo dicho.

Terminadas las fiestas de Pascua volvimos á salir para continuar nuestra expedición. Misionamos las Cabececeras del Andágueda, Vigía del Fuerte, Murri, Arquía, Begaes, Pelelá, Berbará, Bebaramá, Aguacalara, Bete y Buey. Lo más notable de esas Misiones fué la de Vigía del Fuerte por la extraordinaria concurrencia de gente, á pesar de encontrarse esos días la iglesia rodeada por todas partes de las aguas del Atrato, que había crecido notablemente. La gente para ir á la iglesia tenía que pasar en canoas, dejándolas aseguradas en las puertas del templo. Era cosa graciosa al terminar la función religiosa, ver la multitud de canoítas que como una bandada de golondrinas, atravesaban aquel anchuroso río para regresar á sus casitas. En esta misión asistieron también algunas familias de indios semisalvajes, y se hizo con ellos lo mismo que con los de Lloró, instruyéndolos lo mejor que se pudo para administrarles los Sacramentos, y mandarlos contentos y adoctrinados á sus chozas. Buey, el último río que misionamos, es extraordinariamente fértil: este río y el Munguidó proveen á la provincia del Atrato de comestibles, pues aunque de otros ríos se saca algo, es poco relativamente. En Arguía me llamó asimismo la atención el alimento de aquella gente, pues buena parte del año se puede decir que pasan con aguacates: no he visto en ninguna parte que esas frutas tengan un tamaño excesivo y que sean de tan buena calidad como en aquel lugar. En ese río uno de los misioneros tuvo un fuerte susto debido á lo siguiente: cuando se iba á acostarse después de las penosas tareas del día, vió que debajo de la almohada salía uno como bejuco ó raíz de árbol; cuando quiso con la mano tirarla, vió que era una víbora de las más venenosas, para cuya inteligencia se debe tener presente que en el Chocó abunda mucho esa temible plaga, penetran en las casas, se albergan entre los escombros y trastos, y cuando uno está más descuidado tiene sustos bien serios. No obstante, las muertes no son tan frecuentes como á primera vis-

ta pudiera á alguno parecer, atendida la multitud de cullebras venenosas escondidas entre las hierbas y plantas de los sembrados, pues se aplican muchos y muy activos contravenenos, con lo que se evitan muchas desgracias.

En esa larga expedición desde que salimos por la Misión de Tutunendo, empleamos un año, aunque con algunos intervalos en los que tuvimos que regresar á la casa para algunas diligencias. Terminado ese año, que era el tercero de nuestra permanencia en el Chocó, vino á hacer la visita canónica nuestro Superior el muy R. P. Fr. Juan Melchor de Tivisa, custodio de los conventos y Residencias de los Capuchinos en el Ecuador y Colombia.

Considerando nuestro Superior la dificultad de los viajes por aquellos ríos interminables, en los que hay que navegar con toda la incomodidad y lentitud imaginables, como se había demostrado en las penosas Misiones que acabábamos de dar, determinó entre otras cosas para el bien y progreso de la Misión, que se procurase una lancha-vapor á fin de atender con más facilidad al inmenso campo que teníamos á nuestro cuidado. Se pidió dicha lancha-vapor á Norte América, la que ha de costar algunos miles de francos. El primer inconveniente que se ofreció para la consecución de dicha lancha, fué el que se deja adivinar: la falta de recursos: para eso, pues, desde que se nos dió la referida orden procuramos con todos los esfuerzos posibles, ahorrando lo que no era de precisa necesidad, reunir algo para conseguir lo que indudablemente será de utilidad inmensa para aquellos infelices pueblos, desprovistos completamente de los auxilios de nuestra santa Religión. Esperamos que dentro muy poco se satisfarán nuestros deseos. La lancha podrá llevar nueve individuos con los respectivos departamentos y habitaciones, y lo necesario para la vida; su velocidad será de nueve millas por hora en agua mansa.

En los días que nuestro Superior estuvo en Quibdó el distrito municipal se consagró solemnemente al Sacratísimo Corazón de Jesús, dando una prueba de lo mucho que había cambiado de sentimientos desde que los misioneros habían colocado su residencia en dicha ciudad.

Algún tiempo después de haber regresado el muy R. P. Fr. Melchor de Tivisa á los conventos del interior, se pensó en emprender otra expedición apostólica para recorrer la provincia de San Juan y evangelizar la multitud de pueblos y caseríos diseminados por el sinnúmero de afluentes del río San Juan. En el mes de Marzo de 1895 salieron, pues, dos Padres y un Hermano lego para misionar esa vasta provincia. Estuvieron fuera de casa nueve meses, pues regresaron en el mes de Diciembre en la vigilia de Navidad. Son indecibles los trabajos y privaciones por los que tuvieron que pasar en medio de aquellos ríos, en los que con dificultad encontraban lo necesario para la vida; no les faltaron asimismo persecuciones de parte de los sectarios del infierno, pues como en ese tiempo los enemigos de la Religión y de la paz de Colombia habían hecho varias intentonas para derrocar al Gobierno, y habían recibido duras lecciones de los amantes del orden y tranquilidad públicas, se encontraban dispersos por aquellos ríos, huyendo de la justicia que les perseguía.



Una noche intentaron asaltar la casa en donde estaban hospedados, para asesinarlos, pero Dios los protegió, y sin hacer caso de las amenazas y burlas de los enemigos siguieron la Misión, premiando el Señor la confianza de sus siervos con abundante mies espiritual. Lo dicho de las amenazas de los sectarios de la revolución, sucedió varias veces en la correría de ese año.

En la imposibilidad de relatar todo lo que hicieron los misioneros en el referido año, me contentaré con nombrar los puntos en donde dieron Misión. Recorrieron el Carmelo, Santa Rita, Sipí, Cañaveral, Nanamá, Potedó, Palestina, Cusurupí y Mungidó de San Juan; y de allí siguiendo San Juan abajo hasta llegar al mar Pacífico, misionaron Malaguita, Cabeceras, Chavicas, Togoromá, Orpúa y Pemeño. De allí pasaron á la Boca de Bao, población en la desembocadura del río Baudó, y subiendo parte del río llegaron hasta el pueblecito llamado también Baudó, de donde fueron llamados á Quibdó para descansar corporal y espiritualmente.

Llegaron á casa la vigilia de Navidad, como llevo dicho, en donde es indecible el gozo y santa alegría con que fueron recibidos por sus hermanos en Religión; haciéndoles referir con incesantes preguntas las peripecias y aventuras de su excursión apostólica. Celebramos ese año la fiesta del Niño con espiritual regocijo, como se acostumbra en todos los conventos de nuestro Padre San Francisco, y disfrutamos del amor y dulzura interior que se experimenta en una Comunidad de hermanos y misioneros que se reúnen para animarse mutuamente en el santo ministerio de la salvación de las almas, por las que el Divino Salvador quiso sufrir tanto ya desde su nacimiento.

Estos son los principales trabajos que los hijos de San Francisco han llevado á cabo en el territorio del Chocó; nada por cierto, por lo mucho que merece Dios Nuestro Señor. Quiera su divina Majestad conservar-nos las fuerzas corporales, y darnos más espíritu y ferfor para trabajar en su santo servicio. Como habría sido molesto referir en cada Misión el número de Bautismos, Matrimonios, etc., y como por otra parte no tengo los apuntes en los que consta, pongo aquí el número de Bautismos, etc., que han administrado los Capuchinos en el Chocó desde Diciembre de 1892 hasta el presente comienzo de 1896: Bautismos 3,800, Confirmaciones 17,600, Matrimonios más de 1,800. Los datos que preceden podrían servir tal vez de base para calcular con algún fundamento la población del Chocó, pues doblando por lo menos el número de matrimonios y sumándolos con el de Confirmaciones, ya da más de 20,000 habitantes. Falta todavía que recorrer gran parte del Bajo Atrato y el río Baudó con todo el litoral hasta los límites con Panamá. Después que esté recorrido ya todo el Chocó, y habiendo más personal para otra Residencia en el San Juan, facilitándose de alguna manera el penoso y lento modo de viajar, se podrá administrar los pueblos con más facilidad, visitándolos con más frecuencia.

La única Residencia que tenemos ahora se encuentra en Quibdó: elegimos ese punto como lugar más céntrico, menos malsano, fácil comunicación aunque tardía con el interior y con el extranjero, y provisto de algunos alimentos y medicinas que le vienen por el vapor

y barquetonas de Cartagena, subiendo por el Atrato. Los primeros meses que permanecemos aquí tuvimos que alquilar una casa, después nos determinamos á fabricar la Casa-Residencia, que tenemos ahora, aunque la mitad está por terminar, por falta de recursos, pues en estos lugares la gente no se presta para esas obras públicas, sino pagándoles el jornal como para cualquier otra obra. Tuvimos que vencer muchos obstáculos para llevar adelante dicha obra, pero de todo hemos salido airoso con la ayuda de Dios: no obstante, habitamos la casa con no pequeña incomodidad, porque como no hay suficiente local para todas las oficinas por no estar terminada, tenemos la cocina, el comedor y algún otro aposento en unas chozas en las que llueve como en la calle, no obstante de recomponerlas todos los días. En esta Residencia nos reunimos los misioneros de cuando en cuando para descansar algunos días, restablecernos de las enfermedades, hacer los ejercicios espirituales, conferencias, consultar las dudas, etc., y desde aquí provistos de vestido, alimentos, medicinas y de todo lo necesario para la celebración de la Santa Misa y administración de los Sacramentos, nos dividimos en varias parejas, para los diferentes puntos de la Misión; quedando siempre en Quibdó un Padre con un Hermano lego para cuidar de la parroquia, de los asuntos de la casa y de la obra de la iglesia. Desde que llegamos los Capuchinos á Quibdó nos ocupamos con preferencia de la Casa de Dios, que estaba en el más lamentable abandono, pues no tenía más que el simple techo y las paredes inconclusas, es decir, una cubierta sobre algunos guayacanes.

Dentro de poco, Dios mediante, se concluirá la iglesia, incluso el frontis y las torres, quedando un templo algo regular. Quibdó ha cambiado mucho con respecto á la Religión y moralidad; se hacen las funciones religiosas con regular asistencia y mucho decoro, se ha establecido la Tercera Orden de Nuestro Padre San Francisco, la que consta de cien miembros; la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, la que consta de doscientos, y el Apostolado de la Oración con cien socios; para otras poblaciones lo dicho sería nada, pero para Quibdó, en donde se ha estado tanto tiempo sin ningún auxilio de la Religión, es mucho. Esperamos que cambiará todavía más con la cooperación de los Hermanos Maristas, que tan merecida fama de religiosos é instruidos directores de la niñez poseen, y que en buena hora para auxilio y consuelo de los misioneros Capuchinos han llegado á este lugar. Actualmente el personal de la Misión consta de cinco sacerdotes y otros tantos Hermanos legos, poquísimos para un territorio tan inmenso; rueguen, por tanto, los que estas líneas leyeran que el Señor se digne mandar más operarios á su viña.

## PERÚ

*Persecución contra los misioneros Franciscanos.—Visible protección del cielo*

El R. P. Fr. José M.<sup>a</sup> Aramburu, misionero apostólico, escribe desde Lima el 5 de Julio último:

Voy á dar algunas noticias acerca de las últimas revueltas que ha habido entre los salvajes de nuestras Misiones del interior de la República, revueltas en las que hanse visto próximos á sucumbir



algunos de nuestros Padres misioneros del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, los cuales continuamente se dedican á dichas Misiones; pues, aunque el levantamiento de los salvajes fué contra todos los civilizados, los misioneros fueron el objetivo directo de su furor. Pasaron de mil ochocientas las flechas que dispararon sobre la Casa-Misión de los Padres. Pero, gracias á Dios, no ha habido ninguna desgracia que lamentar de parte nuestra; sólo un paisano de los varios que tuvieron que luchar en compañía de los Padres, murió de un flechazo que le atravesó la cara.

Como el M. R. P. Fr. Tomas Hernández, prefecto de dichas Misiones de infieles, me ha escrito sobre el particular, le transcribiré algunos párrafos de su carta. Después de haberme hablado de un individuo llamado *Serothi*, muy leal y amigo de los Padres, me dice:

«Haría como unas tres semanas que permanecía en el *Pangoa* (lugar de la Misión), cuando este buen

todas partes rodeando el convento los de Sonomoro, los del Perené, de Satipuqui y Canariaqui. Y concluyó mirándome con tristeza y diciéndome:

—«Ve pronto á llamar bastante gente de tus paisanos para defenderos.

«Primero yo dudé de la relación: ¡estoy tan acostumbrado á oír sus mentirosas combinaciones! Pero se reflejaba en el rostro de *Serothi*, en el de su hijo mayor *Canioo*, y más en el del simpático José, hijo también de *Serothi* y el más adicto á nosotros, se reflejaba, digo, tal pesadumbre, que no me permitió despreciar la noticia. Al día siguiente sin más fiambre que un poco de *charqui* seco me puse en camino para Audamarca, pueblo civilizado y más inmediato al *Pangoa*, y del que dista cuatro jornadas. Me apresuré para llegar lo más pronto posible y hacer entrar la gente. Todo era inútil: el mismo día y casi á la misma hora en que yo llegaba á Audamarca eran asaltados, según supe después,



Congo.—Idigo, rey de los aguleris, después de su conversión, con su mujer y uno de sus hijos. (Pág. 529)

*chuncho* me pidió licencia por cuatro días para ir á *Sa-nibinique*, donde tenía su *chacra*. Antes de los cuatro días regresó al caer de la tarde, y cuando oí su voz alterada por justa indignación, al acabar de rezar nuestros Maitines salí á indagar la causa de tal vociferación, y el buen *Serothi* me dijo que había ido á su *chacra*, y se le aparecieron repentinamente un tal *Casimiro* sobrino suyo, junto con sus hermanos *Yanangori* y *Sahuasi*, y que le habían repriminado de que estuviese de parte de los Padres y civilizados; que se fuese con ellos y los acompañase como los demás paisanos á matar á los civilizados y á los Padres. Negóse á tal infamia nuestro fiel *Serothi*, y entonces los otros enfurecidos:

—Anda, le dijeron, anda con los Padres, y de aquí á seis días, tiempo que tardará en llegar de las Cascadas Carava (un indio pésimo), morirás junto con los Padres.

«Me añadió que tenían el proyecto de acometer por

en el *Pangoa*. Pero ¡oh proteccion manifiesta de Dios Nuestro Señor! No obstante de haber sido el número de *chunchos*, según cálculo aproximado del P. José, como de unos trescientos, y por nuestra parte sólo veinticinco, se les hizo frente, se les ahuyentó, derrotó y ¡gracias magníficas sean dadas al Señor! de nuestra parte no hubo que lamentar sino dos ó tres pérdidas de los mismos *chunchos* que peleaban á nuestro favor.»

Después de haberme señalado el Padre algunas de las causas que motivaron el levantamiento de los indios, prosigue diciendo: «Otra causa puedo decirle también, que es la instigación de parte de los jefes de su idolátrica religión; y para que vea V. R. esto, le referiré un caso muy curioso:

«En las montañas de Huanta se ha exhibido un *chuncho* que se da á sí mismo el título de *Fasorinsí*, que quiere decir Todopoderoso, quien ha dado á entender á los demás, que él á soplos hace todo lo que quiere:



coge una hoja, sopla, y si quiere, sale un hombre; coge otro objeto, sopla otra vez, y si le place, aparece una montaña, y ¡vamos! que sus soplos son una maravilla para hacer y deshacer. Este tal los ha estado incitando por mucho tiempo á hacer la última fechoría, señalándonos á los Padres los primeros; pues decía que nosotros éramos la causa de que entrasen en sus tierras los civilizados; que acabasen con nosotros, y que estaba todo concluido.

«Como los otros *chunchos* manifestasen mucho temor á las armas de fuego, para animarlos les decía que las escopetas no valían, que los *cholos* no sabían tirar, y que, en fin, aunque hubiese buenas escopetas y buenos tiradores, él soplaría ó que ellos soplasen, puesto que les delegaba su poder, y que á soplos quebrarían las escopetas. Esto parece mentira, pero además de haberme contado algunos *chunchos* fieles, se les ha visto á aquellos infelices soplar en el combate, mientras los tiradores les soplaban á ellos balas; así como otros, ¡pobres, sencillos y engañados! intentaban detenerlas con la mano.»

De todo esto podrá V. R. ver los muchos trabajos que nuestros hermanos los Padres misioneros de la montaña sufren entre aquellos salvajes, viéndose expuestos más de una vez á perder sus vidas. Pero en fin, para esto han sido fundados primariamente estos nuestros Colegios de misioneros de América; y preciso es que haya también algunos que se dediquen á esta tarea, que si bien es ardua y penosa, no deja de ser también de mucha honra y gloria para nuestra Seráfica Orden.

### BRASIL

*Recuerdos hispanos en el Brasil.—Nuevas Ordenes religiosas en San Pablo.—Últimas Misiones del presente curso.—Costumbres populares.*

**E**XAMINANDO imparcialmente los anales brasileños, escribe el R. P. Ramón Genover, C. M. F., desde San Pablo el 4 de Octubre último, sorprende gratamente el ver que los verdaderos adelantos en los distintos ramos que abarca la civilización cristiana, ó se verificaron durante la dominación española, esto es, en los sesenta años que Portugal estuvo unido á España, ó por medio de los españoles. Con efecto; insignificantes eran los adelantos hechos en el año 1580, ochenta años después que los portugueses habían levantado aquí su bandera. Todo se reducía al establecimiento de algunas capitanías aisladas en el litoral desde San Vicente hasta Pernambuco. Faltaba por descubrir toda la provincia de Río Grande del Sur, y las de Ceará, Río Grande del Norte, Parahiba, Marañón, Pará, Amazonas, lugares visitados apenas por algunos corsarios y traficantes franceses. No se hallaba evangelizando la gentilidad otra Corporación religiosa que la Compañía de Jesús, cuyos miembros, pocos en número todavía, eran en su mayoría españoles. Así es que apenas se había explorado nada del interior. Llega el año referido en que Felipe II tomó posesión de la corona de Portugal, y poco tiempo después entran en el Brasil, para compartir con los Jesuitas las fatigas del apostolado, los Carmelitas, los Benedictinos y los Franciscanos ó Capuchinos,

y más tarde los Mercedarios, que vinieron del Ecuador siguiendo las aguas del Amazonas.

Estos Religiosos se propagaron admirablemente durante la época de la dominación española, esto es, hasta el año 1640. Todos los conventos que había en esta ciudad fueron fundados por este tiempo. Posteriormente el Gobierno de Portugal comenzó á promulgar leyes represivas, hasta que el impío Pombal les dió á todos el golpe de muerte. Aconteció aquí lo que en todas partes; las reducciones de indios corrieron parejas con los crecimientos de las Ordenes religiosas, y aquéllas faltaron cuando éstas desaparecieron. Así se explica la multitud de indios salvajes que hay todavía en los varios Estados de la Unión.

El movimiento religioso se va acentuando cada día en ésta, merced al celo incansable é ingenioso de nuestro amado Prelado. Hace pocos días llegaron de Bélgica dos Padres Premonstratenses, los cuales van á fundar un monasterio en el célebre y frecuentado santuario del Buen Jesús de Pirapora.

Además de la indicada Orden religiosa, nuevamente introducida aquí, se esperan para dentro de algún tiempo unas Hermanas dedicadas á la enseñanza, cuyo colegio se está levantando. Igualmente se halla bastante adelantado el edificio para las Hermanas del Buen Pastor, y me consta que el señor Obispo ha hecho gestiones para traer á los Hermanos de las Escuelas Cristianas ó los Maristas, disponiendo de un grandioso edificio que intenta ofrecerles.

Nuestros misioneros están dando las últimas Misiones del presente curso, las cuales terminarán el día 25 del corriente. Los pueblos favorecidos con las mismas están situados en los límites S. O. de este Estado, confinando ya con los indios salvajes. Para trasladarse á la primera tuvieron día y medio de tren y tres jornadas de ir á caballo. Los recibimientos que se hacen á los enviados del Señor son entusiastas. No bajarían de cien los caballeros que les salieron al encuentro para acompañarles gran trecho hasta llegar al pueblo. Al tercer día de Misión habían ya confesado más de seiscientas personas y administrado la santa Confirmación (como delegados del reverendísimo Prelado) á más de setecientas. ¡Todo sea para gloria de Dios!

### BUTÚAN DE SURIGAO (Filipinas)

*Adelantos de la Misión agusana.—Recuerdo de la muerte de los PP. Planas y Bek*

El R. P. Saturnino Úrios, escribe al R. P. Pablo Pastells, superior de la Misión:

**M**I muy amado en Cristo reverendo Padre Superior: Ya tengo el paquete hecho y cerrado, á punto y momento de ponerme en camino para echar á andar cumpliendo lo que V. R. se ha dignado disponer de mí, quitándome definitivamente del río Agusan.

Al despedirme de esta comarca, que con tantos sudores y trabajos se ha regado en orden á sacarla de su asiento de muerte y perdición en que ella se hallaba sentada, es bien que yo no oculte á V. R. las impresiones que tienen á mi espíritu muy afectado, recordando tantas cosas como se han sucedido en la batalladora empresa de doce



años, haciendo hombres primero y después cristianos á la raza manoba, que habita las riberas, selvas y altos de la cuenca agusana. Ha de saber que pienso irme á la francesa, como dicen, siquiera yo me los lleve á todos, grandes y pequeños y á todas las cosas, muy hondamente metidos en mi pobre corazón.

Pero no les dejo solos y abandonados, sino muy acompañados y mejor cuidados, porque va á sustituirme en el llevar del Agusan el diestro y celoso P. Francisco Nebot, que tiene la tierra, sus cosas y moradores al dedillo; lo cual unido á sus cualidades, se ha de creer que han de mejorar en tercio y quinto los negocios de la prosperidad, dilatación y consolidación de estos pueblos, que cuando ha ido esto á mi riesgo y cuenta. Esto no obstante, no sé por qué yo he de tener como tristeza de salir de la tierra. ¿Si será por los trabajos que me ha costado? Porque las dificultades que se han sucedido á granel en la toma del Agusan para Cristo y para España, se le ha de alcanzar á V. R. que han sido muchas y graves. Basta acordarse de las veces que se nos remontaron poblaciones enteras; basta recordar nuestro correr detrás de ellos para retenerles á mitad de su veloz corrida. Y sobre las fechorías que los malos nos tienen cometidas, metiéndose en las cristiandades, teniendo siempre que intervenir nosotros, poniendo paces hasta dejar las cosas en su primero y satisfactorio estado, habría para decirlas todas que escribir un libro en folio.

Así como también llenaría muchas páginas la relación de las mejoras en el Agusan introducidas, y las que se echan de ver, trasluciendo como el comercio se desarrolla, lo que ha de progresar Dios mediante, ensanchando las fuentes de riqueza que el beneficio del abacá, y otros productos de su fértil suelo, les ofrecen á estas horas presentes.

Muchas veces se me presentan en estos días en que voy á dejar el Agusan, las impresiones que V. R. y el P. Juan Heras, superior entonces, nos trajeron á Surigao cogidas, pasándole V. R. desde lo más alto de él, diciendo V. R. con mucha tristeza que ni á lo largo ni á lo ancho de la comarca habían visto gente alguna, y que esto les había traspasado el corazón, tanto más cuanto la causa de la desaparición de los pocos que vivían en las riberas y á la vista de las aguas del caudaloso río obedecía á los trastornos causados por el célebre matón llamado Mantug, que había en aquellos días asesinado el célebre dato y también maton apellidado Lambuyuc. Y con efecto, al llegar yo al Agusan destinado, poco después de que V. R. nos contase en Surigao sus tristezas, aún estaba fresca la memoria de los trastornos que dicho asesino había causado, teniendo yo que mediar para alcanzar la libertad de los cautivos, que se habían hecho en la causa del desgraciado Lambuyuc. Echese, pues, V. R. á considerar lo que yo le voy diciendo, y verá con cuánta razón se me vienen á mi imaginación tantas especies, que como se prendieron en ella fuertemente, no se han de borrar tan fácilmente que digamos, antes se fijan más y son despertadoras de otras nuevas, con la inventiva natural de que ella está adornada.

Si no V. R. con el recuerdo de aquella larga hilera de datos, que de muchas leguas al contorno de Butúan

vinieron á mí cuando yo hacía poco allí había llegado en día feliz y de buena ventura, á que yo les pusiese entre sí en paz y buenos tratamientos ó acomodamientos, está recordando mi imaginación un cuadro, en el que este pobre misionero del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo está uniendo á los desunidos, haciendo que con tanta paz se den las manos aquellos rebenditos guerreros, que yo veo ahora ya dóciles y campechanos, sirviendo de columnas angulares de nuestras civilizadas poblacioncitas, que con ellos y con sus hijos y parientes hemos ido formando desde aquel dichoso día, que con piedra blanca tenemos hasta el día de hoy señalado.

Adiós les he de decir á todos desde el fondo de mi pecho, no con la palabra, porque les llevo urdida la treta de ocultarles mi salida y definitiva separación, sino con el mismo corazón mío, que le he de forrar de bronce, para que resista á la fuerza de mis impresiones, según veo yo son ellas de excitadas y vivamente sentidas.

Y en este momento me ha asaltado la memoria de dos hechos ó sucesos tristes por una parte, pero que vienen muy á punto al propósito de explicar las dificultades que la conquista de la Misión agusana nos ha costado á los misioneros que la hemos procurado y á la hora de ahora ya alcanzado.

Estábamos esperando al P. Jaime Planas el 30 de Julio del año 87 para celebrar la fiesta de nuestro Santo Padre y Patriarca San Ignacio, cuyas glorias había el Padre de predicar en su día, cuando en vez de cumplirse nuestros ardientes deseos tuvimos el triste caso de que el Padre se nos metiera en cama, atacado de calenturas de las que no le pudimos librar, perdiéndole para este suelo de lágrimas, después de un mes de agudísimos sufrimientos, que le quitaron el conocimiento los días últimos de su padecer en este mundo.

En Butúan se me queda este varón ilustre, muerto de puro cansancio, por aliviar á su grey atacada de viruelas y de tifus, hasta que él, rendido por el excesivo trabajo, no pudo más con la carga, desde el momento que de enfermero, médico y padre de todos, pasó á ser enfermo y desvalido, ocultando su enfermedad hasta que ella le echó al suelo para no levantarse más. De él me estoy acordando y despidiendo ya desde ahora, dejándole que descansa en paz, mezclados sus huesos entre los restos mortales de sus pobrecitos indios.

También es bien que yo le diga á V. R. el otro suceso ocurrido en la persona del P. Cándido Bek, á quien el Señor sólo le concedió el favor y gracia de besar el sagrado suelo que le tenía que servir de sepulcro, antes de derramar sus sudores regándolo para cultivarle.

Que de sentir fué de tejas abajo tal pérdida, joven y tan completo en espíritu y letras, recién ordenado de sacerdote y con una contextura tan robusta, que parecía sobrevivirnos á todos, se nos fué al cielo cuando menos lo pensábamos, y en el punto y ocasión que comenzaba á estar apto para el trabajo, que él hubiese centuplicado en orden á hacerle lo más provechoso posible.

Allá, pues, en la novísima Misión de Játiva, mezclados sus restos con los de los pobres manobos, me lo dejo á este insigne varón que murió en las trincheras y avanzadas de la línea agusana, cuyo campo pide denodados y valientes campeones.





TIERRA SANTA.—Vista de Nazareth. (Pág. 551)

Ya ve V. R. como dejando correr mi pluma, ella como va haciendo la autopsia de mi espíritu, arrojándole á fuera, en fuerza de lo que la afectan las presentes circunstancias.

Por lo cual en V. R. ha de estar el poner las cosas en su lugar, considerando mi pasado en esta Misión, donde he pasado lo más florido de mi juventud, que ella me ha consumido, en servicio de sus neófitos, desechándome ahora en que podría serme de consuelo y satisfacción.

No me da nada de separarme con tal que encuentre otro Agusan que convertir, en donde acabe mis días bregando contra Lucifer, á quien deseo desterrar de estas tierras. Y vive Dios Nuestro Señor, que á donde quiera que vaya he de trabajar, lo mismo que si no saliese del Agusan, como verá V. R. el día que le escriba sobre mis ministerios desde Tagoloan, donde V. R. quiere que vaya.

### MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

#### Los habitantes

##### I.—Retrato físico

**L**os indígenas de la región de Landana pertenecen á un grupo étnico que forma la transición entre los gaboneses y los habitantes del ultra-Zaire. Su nombre de raza es ba-fiot.

Son de talla mediana. No hay entre ellos enfermos ni calvos: su cabeza, estrecha y alta, la tienen siempre cubierta de pelo.

Algunos afeitan su cabellera en forma de corona; otros no conservan en su cráneo, casi enteramente afeitado, más que un mechón de cabello crespo (1).

Sus rasgos, aunque muy semejantes á los de los otros africanos, no son tan pronunciados, y su piel tampoco es tan negra. Su fisonomía, más agradable, revela cierta ingenuidad.

Algunos acostumbran pintarse en la frente, sienes, brazos y pies largas rayas multicolores, creyendo que con estos colores, comprados á gran precio á sus *gansas* ó sacerdotes de los ídolos, están al abrigo de todo maleficio.

Los hijos de los negros nacen blancos, mas á los pocos días adquieren el color de su raza.

Sucede algunas veces, sin embargo, que niños de padre y madre negros quedan tan blancos como los europeos. Sus ojos son rojos; ven mejor de noche que de día: les llaman *ndundu*, esto es, albinos. A estos negros blancos se les rodeaba en otro tiempo de honor y veneración. En el reino de Loango tenían el privilegio de permanecer sentados delante del rey, y presidían las ceremonias religiosas, especialmente á la confección de los ídolos.

Hállanse en estos pueblos restos de antiguas tradi-

(1) Afeitanse con restos de botellas ó con cuchillos bien afilados.



ciones de la raza semítica, cuya sangre se habría mezclado en ellos con la de Cam, por ejemplo la circuncisión, que se practica en todas las familias.

Además, parece que no lejos de Landana existe una tribu de negros conocidos con el nombre de *ma-cumbu*, gentes serias y graves, de mirada inteligente, nariz recta y aun aguileña, de tipo semítico muy marcado, que los autores portugueses designan con el nombre de *judeos pretos* ó judíos negros. Ciertamente débese ver en ellos negros de origen israelita si es cierto, como se afirma, que observan el sábado, y aun con tal rigor que se abstienen de hablar en tal día. Probablemente son originarios de Santo Tomás, pues esta isla fué escogida á fines del siglo XV como lugar de deportación de los niños judíos arrebatados á sus padres (1).

Por una costumbre completamente distinta de la nuestra, en el Congo casi todos los hombres llevan cabellera, y las mujeres van con la cabeza desnuda. Excepto esta leve diferencia, las mujeres visten como los hombres. El vestido es de sencillez excesiva: compónese de un trozo de tela ajustada á la cintura. Los negros del interior, que difícilmente pueden hacerse con tejidos de Europa, con las fibras de los bananos fabrican una tela suficientemente fina y sirve para cubrirlos.

Entre las joyas más preciadas figuran los granos de coral, con los que los negros se hacen brazaletes y sobre todo collares. Las monedas de plata europeas son

también para ellos objeto de adorno: las agujerean, y suspenden á sus orejas ó cuello.

Todos, hombres y mujeres, llevan en brazos y piernas brazaletes de colmillos de elefante, ó más comúnmente aros de hierro ó cobre remachados de manera que no pueden quitárselos. Los de cobre están á veces adornados con figuras de relieve adornadas con bastante gusto. Las mujeres los tienen en mucho aprecio, y los consideran su mejor adorno. En cierta región no es raro encontrar negras con siete ú ocho aros en cada pierna, y una quincena en cada brazo. Con esta impedimenta tienen que dedicarse á todas las faenas domésticas y agrícolas.

En otras comarcas las negras llevan en cada canilla un solo aro, pero tan grueso y macizo, que con frecuencia pesa cinco y aun seis kilos.

Cuanto más elevada es la categoría social de un indígena, más numerosos ó más pesados son los aros que lleva encima: nadie, pues, mejor que el habitante del Congo conoce el embarazo y el peso de los honores.

Los reyes, príncipes y otros jefes se distinguen de los simples mortales por su gorro y por el *canda*.

Su gorro es largo, y tejido muy apretado con hilo de ananas, de forma muy bella y trabajo esmerado.

El *canda* es una especie de mandil de piel de leopardo ó de gato-tigre, adornado con cascabeles y campanillas, que llevan sobre las enaguillas y del que no se separan nunca. Es el distintivo del honor, del que son sumamente celosos: se insulta gravemente y aun se degrada á un hombre arrancándole su piel de tigre

(1) Véase ELISEO RECLUS: *L'Afrique Méridionale*.



TIERRA SANTA.—Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios en Nazareth. (Pág. 531)



Los jefes más poderosos y ricos conservan cuidadosamente en el fondo de sus cofres camisas viejas, charreteras, uniformes de soldados ó marinos, trajes de bedeles y otras prendas galoneadas que les regalan los europeos. Con ellos se cubren pomposamente en las circunstancias solemnes, procurando floten las puntas de la camisa por sobre las enaguillas ó el pantalón.

## II.—Retrato moral

Por grande que sea la vanidad del hombre civilizado, no llega con mucho á la del que no lo es: estos salvajes se preocupan más del adorno de su persona que entre nosotros una mujer á la moda.

Los habitantes del Congo parecen inferiores en inteligencia á muchas otras razas africanas; pero están dotados de memoria feliz.

Los ba-fiots, sin embargo, se creen con justo título poseedores de una civilización superior, y no quieren ser asimilados con las tribus bárbaras del interior del país.

Los cabindas especialmente, así llamados por la pequeña ciudad situada al borde de una ensenada á sesenta kilómetros próximamente al Norte de la boca del Zairo, poseen notables aptitudes para el trabajo industrial y comercial.

La mayor parte de los negros son desconfiados, é interesados hasta la bribonería. Piden con importunidad y sin correrse: son atrevidos postulantes que no retroceden por nada.

Las contiendas son frecuentes entre ellos, y dan lugar á incesantes sesiones más ó menos solemnes, en las cuales las partes discuten públicamente sus quejas, antes de llegar á un acuerdo.

No les es extraña la cortesía, ni escasean las deferencias recíprocas. Sobre todo son muy demostrativos en la manera de dar y devolver el saludo.

Hay tres clases de saludo ó *sakila*.

El primero sólo corresponde á los reyes y príncipes: cualquier otro que lo emplease, insultaría á la persona á quien se dirigiese. Consiste en mover dos dedos, y mostrar la mano á quien se saluda.

El segundo *sakila*, el más usado, se hace alargando los brazos hacia el compañero, y juntando las manos dejando vacío entre ellas, de manera que batiéndolas una con otra produzcan un sonido hueco y concentrado. Este saludo se hace habitualmente de igual á igual: las dos personas se lo dirigen al mismo tiempo (1).

El tercer *sakila*, del superior al inferior, difiere del precedente en que el inferior lo hace profundamente inclinado ó de rodillas.

El amor filial y el paternal están muy poco desarrollados en el Congo, siendo allí casi desconocida la costumbre de abrazarse.

Los ba-fiots, con todo, son generalmente humanos y hospitalarios. Entre ellos no hay posadas: el viajero que pasa por la aldea á la hora de la comida, entra sin empacho en cualquier cabaña, y es perfectamente acogido.

Su vida es sencilla y frugal: se satisfacen con ali-

mentos los más groseros, van casi desnudos y acuéstanse en el suelo.

Estos pueblos son muy pobres comparados con nosotros; pero en realidad quien nada desea es tan rico como aquel á quien todo le sobra, y vive más feliz.

Los europeos, educados en el aprecio de las comodidades de la vida y de las riquezas que las proporcionan, laboriosos artesanos de mil necesidades que los negros nunca experimentan, los europeos, digo, les compadecen. Pero si aquéllos fuesen testigos de nuestras delicadezas, de nuestras profusiones, del lujo de nuestros vestidos, mesas y habitaciones, ¿qué dirían? ¿No nos volverían desprecio por desprecio, y con justa razón?

Satisfechos con poco, viviendo sin previsión como las aves, los negros son alegres, tranquilos y descuidados. Como los germanos de quienes habla Tácito, cuando no están en guerra se dedican á veces á la caza, y con más frecuencia permanecen ociosos, pues les gusta dormir, comer y beber: *Quoties bella non ineunt, non multum venatibus, plus per otium transigunt, dediti somno ciboque* (1).

## VIAJE ENTRE LOS TUAREGS ASDJERS

POR EL R. P. HACQUART, DE LOS PADRES BLANCOS

### IV y último.—En el país de los tuaregs

LA meseta de Tinghert pertenece ya á los asdjers, pero es tan estéril, y los pocos *udian* que lo cortan tan poco seguros, que atravesamos toda aquella región sin encontrar un targui ni huellas de campamento algo reciente. Así nuestros ulad-djamaas dieron voces de júbilo cuando desde el borde meridional de la meseta vieron á lo lejos las dunas de Temassanine.

—Por fin, dijeron, vamos á salir de esta *hamada* maldita, donde los camellos se magullan los piés y mueren de hambre: ¡hé allí arena, arena como la de nuestro país, por la que se puede andar descalzo como por un tapiz de seda!

A través de los numerosos *gurs* que cortan el acantilado, bajamos al Ued-Ohanet, y á poco llegamos á las palmeras de Temassanine, en la Zauia de Sidi-Mussa.

Todo el esplendor actual de la Zauia se reduce á un huerto con un pozo artesiano y ciento cincuenta palmeras, una modesta cúpula que cobija el sepulcro de Sidi-Mussa, y una casucha de tierra compuesta de una sola pieza. El Hadj-Embirik, guardián de estos lugares, es un simpático tuatiano, que se indemniza con los pocos viajeros que pasan, de la soledad á que está condenado el resto del tiempo. Con algunos metros de lienzo para la señora y el señor Embirik y sus hijos, les colmamos de alegría, y nos prometieron la más eficaz protección del venerable morabito.

Entre la Zauia y Tebalbalet abandonamos el camino ordinario para acercarnos á la tienda de Abd-en-Nebi, digresión que nos permitió descubrir dos puntos de agua desconocidos, y una fuente escasa en la cumbre de la

(1) A este saludo añádese ahora un apretón de manos, costumbre introducida en el país por los europeos.

(1) TÁCITO: *De mor. Germ.* XV.



gora Khanfusa. Un pariente del mokaddem se nos juntó, y en Tebalbalet adelantóse para ir con uno de nuestros ginetes á anunciar á los asdjers nuestra próxima llegada.

El mismo día, después de haber pasado la embocadura del Ued-Samer, al dirigirnos hacia el Este para entrar en el valle de los Ighargharen, nuestra vanguardia se replegó vivamente, señalando una masa de gente que se movía en la dirección que llevábamos: á lo lejos se distinguía un grupo de meharas, seguido de confusa multitud, y otra línea de meharas á retaguardia.

En el acto se hicieron los preparativos para recibir al enemigo, y Abd-en-Nebi, más muerto que vivo, salió á hacer un reconocimiento. Volvió al cabo de una hora gritando:

—¡*Merhul, Merhul!* nómadas que cambian de campamento.

Al mismo tiempo nuestros centinelas nos condujeron tres tuaregs que habían apresado. Poco tranquilos éstos al principio, pronto se convencieron de nuestras pacíficas intenciones, y entraron en conversación con nosotros. Invitéles á acompañarnos hasta la noche, y advirtiéndoles que uno de ellos hablaba el árabe con la mayor facilidad y sin el acento detestable que distingue á los tuaregs, dije:

—Tú no eres targui, pues hablas muy bien el árabe.

—No, soy árabe.

—Árabe del Oeste, á juzgar por tu modo de hablar.

—Sí, soy de In-Salah.

—¿De qué tribu?

—De los Tulad-azzi.

—Tanto mejor; conozco á mucha gente de esta excelente tribu, en la que cuento con buenos amigos.

—¿Cuáles?

—Desde luego el *taleb* Abd-el-Káder y ben Abder-Rahman; nos escribimos.

—Abd-el-Káder es mi primo; su padre es mi tío paterno.

—¿Tienes noticias tuyas? ¿Cómo está este querido amigo?

—Hace poco vine de In-Salah, donde pasé el otoño, y le dejé en perfecta salud. Me habló de ti, pues sin duda eres el morabito de Uargla.

—Efectivamente, y puesto que conozco tu raza y la noble tribu de los zua-ulad-azzi, no nos separemos; quédate con nosotros: tu origen me es garantía de tu sinceridad. Cada noche me darás cuenta de lo que ocurra; me referirás los intentos que se abriguen sobre nosotros, y los proyectos de los tuaregs. Eres sobrado inteligente para que tenga necesidad de insistir más; ya comprendes lo que espero de ti.

—Puedes estar tranquilo, Sidi, pues no soy tuareg, sino árabe; confía en mí.

—¿A quién lo dices? ¿no eres azaui? esto basta para que deposite en ti toda mi confianza: si me satisfacen tus servicios, no te quejarás de mi generosidad.

He aquí cómo Sidi Mohamed-ben-Zalah entró á nuestro servicio; nos fué muy adicto y nos tuvo al corriente de todas las tramas mediante una prima de dos duros, un espejo de pocos céntimos y un peine que no utilizará nunca.

El mismo día tuvimos ocasión de convencernos que los tuaregs no desdeñaban nuestros víveres ni nuestros regalos. Dos grupos de veinte ginetes cada uno, hicieron cerca de nuestro campo fantasías guerreras de muy buen efecto. Todos pertenecían á la tribu de los ifoghas. Abd-en-Nebi, que deseaba sin duda hacerse perdonar su papel de introductor de los extranjeros en el suelo independiente de los tuaregs, nos los presentaba todos como sus más próximos parientes ó como los personajes más influyentes de la tribu. A darle crédito, su parentela era casi ilimitada, y los ifoghas cuentan un número inverosímil de notabilidades.

A más de esto llegaron á mis oídos rumores alarmantes. Los ifoghas, á la vez que protestaban de sus buenas disposiciones, nos amenazaban con alguna fracción de Hoggar y de Taitoq, que debíamos encontrar en nuestro camino.

En efecto, desde el día siguiente nuestra escolta se aumentó con cierto número de gentes hostiles que, so pretexto de que pasábamos por su territorio, tenían pretensiones ridículamente exageradas. Por su parte Abd-en-Nebi nos defendía muy débilmente, y Mohamed le acusaba de ser partícipe en la explotación.

Nuestros reproches al mokaddem eran infructuosos.

—¿No es sorprendente, le decíamos, que estas reclamaciones se hagan por primera vez á viajeros como nosotros, que venimos en nombre del Gobierno, y estamos confiados especialmente á ti? Aquellos que se presentan con algunos árabes quedan exentos, y basta que vengamos bajo tu salvaguardia para que se encarnicen con nosotros, como los chacales con una gacela. ¿Dónde está, pues, tu influencia? ¿Has olvidado quiénes somos? ¿No tienes en cuenta que daremos parte de tu conducta?

—Voy á exhortarles otra vez, decía suspirando el viejo morabito.

Y volvía en breve con aire desalentado y diciendo:

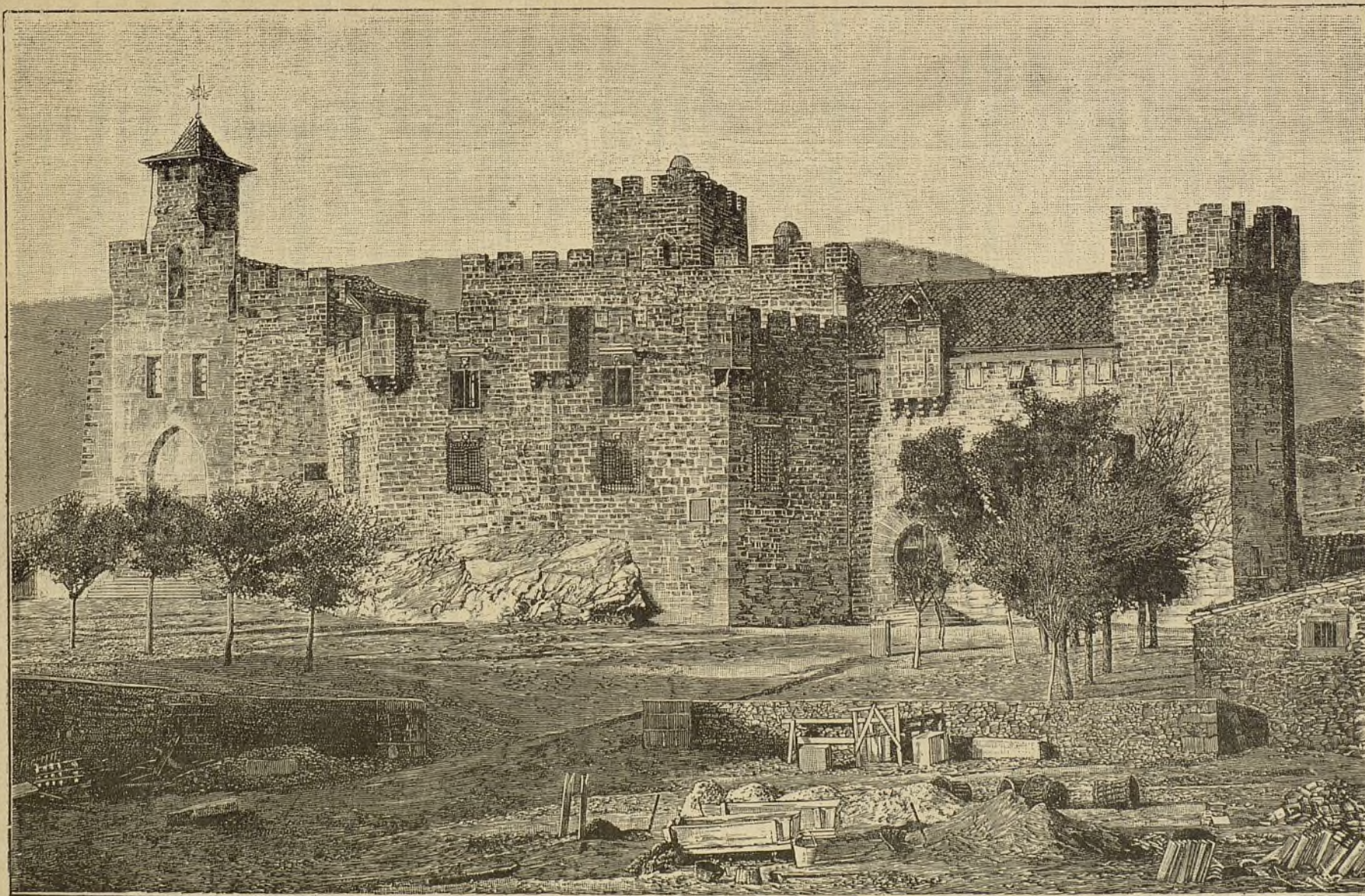
—No quieren ceder de ninguna manera. Nada puedo hacer.

Resuelto á acabar de una vez, mandé llamar durante la noche al jefe de Taitoq, solo en mi tienda, y sin jactancia le representé cuán vergonzosa era su conducta, y cuán peligrosa sería para él si nosotros no fuésemos tan amigos de la paz. Invitéle á contar nuestros fusiles, y preguntéle cuántas descargas serían precisas para limpiar su campamento sin que quedase alma viviente. Por último, poniéndole algunas monedas de plata en la mano, como señal de disposiciones pacíficas, le declaré que á la primera reclamación ó manifestación poco benévola contestaríamos con balas. Dicho esto, me besó la mano y desapareció sin que oyésemos hablar más de él.

El domingo de *Létare* fué el día de nuestro encuentro con los enviados de los asdjers. Su jefe Kunni, de la tribu noble de los araren, nos hizo muy buena impresión por su porte digno, su autoridad sobre los *imrad* y su ruda franqueza.

Escoltado por cincuenta lanzas, vino á nuestro encuentro, y nos dió desde el principio completa seguridad.





CASTILLO DONDE NACIÓ EL GRANDE APÓSTOL SAN FRANCISCO JAVIER

HOY CASA RESIDENCIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. (*Pág.* 551)



El día siguiente, después de la primera entrevista, fuimos á Nankor, junto al famoso lago donde terminó la misión Flat-ters. Allí rodeaban á Kunni un centenar de guerreros. Reunímonos entresucampamento y el nuestro: Abd-en-Nebi repetía mis palabras en tamachek; la multitud discutía; Kunni dirigía el debate, resumía los pareceres y me daba la conclusión.

El jefe, empero, prefería las conversaciones reservadas: mi papel de médico se prestaba á ello, y so pretexto de consultas pudimos hablar juntos largamente sobre los intereses y disposiciones de los tuaregs y de diversos vecinos. Su sinceridad me permitió recoger importantes informes sobre el estado de los ánimos. Por su parte me interrogó largamente sobre Europa y las relaciones de las potencias entre sí. No dejó de maravillarme la variedad de sus noticias, su ávida curiosidad y lo exacto de sus juicios.

Del 5 al 8 de Marzo continuaron las negociaciones con la misma lealtad, y gracias á la protección de

San José, tuvieron mejor éxito de lo que esperábamos.

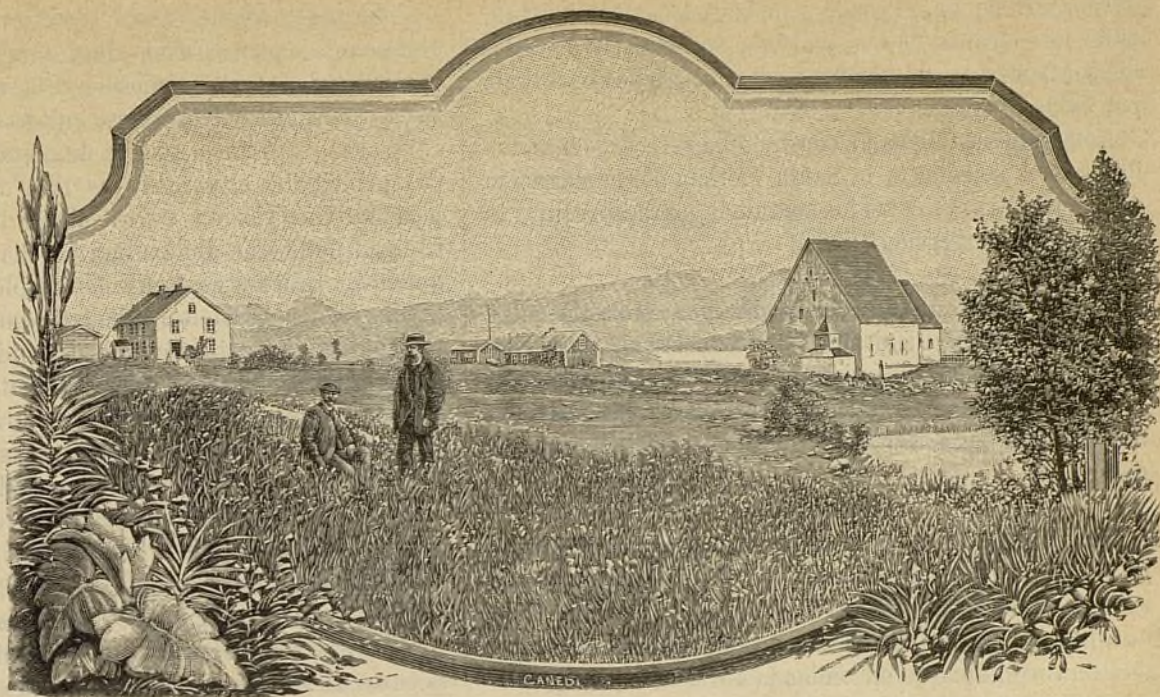
La entrega solemne de los regalos precedió á nuestra marcha. Los tuaregs habían aligerado mucho nuestro convoy, pero los resultados obtenidos nos compensaban ampliamente.

No era poco haber vivido tres semanas en medio de gente, si no hostiles, por lo menos dispuestos á cualquier atentado por codicia, sin que se hubiese suscitado ninguna contienda.

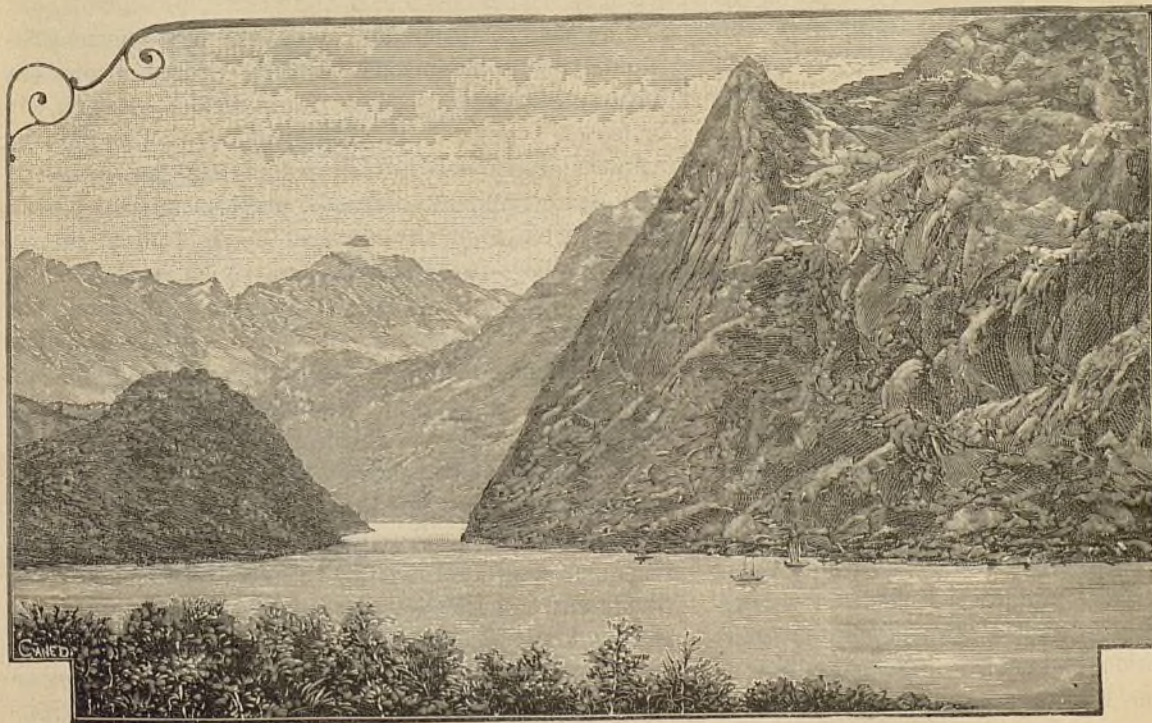
—Los tuaregs son como los perros, me decía familiarmente Kunni: ladran porque tienen hambre. Echa-les un hueso, y cerrarán la boca y vendrán á lamerte.

La lealtad de los jefes y su ascendiente sobre sus *imrad* (siervos) son incontestables

Los misioneros estamos satisfechos de haber viajado entre la Zauia y Nankor, siguiendo las huellas de nuestros valientes predecesores los Rdos. Padres Richard y Kermabon. En varios lugares del camino Mammar nos mostró recuer-



NORUEGA.—Antigua iglesia de Trondenes, en la isla de Hindø. (Pág. 543)



NORUEGA.—El Raftund, en la entrada del Trolldjord. (Pág. 543)



dos materiales de su paso, y sobre todo hemos hallado, entre los árabes y los tuaregs, su memoria en todos los corazones, y sus nombres pronunciados con respeto por todas las bocas.

Como ellos tuvimos el consuelo de ofrecer, en aquellas tristes soledades, la Santa Víctima por la salvación de los tuaregs, y, como lo esperamos, para apresurar la hora de su conversión.

La vuelta fué una marcha rápida por otra ruta entre Temassanine y Bel-Heiran. En vez de seguir el largo y monótono Gossi-Tuil, quisimos probar una travesía del Erg por Tabancort, como cazadores chaambas. Fué una fatigosísima, pero muy interesante excursión de seis jornadas.

Era la Semana Santa. He pasado algunas más recogidas, pero ninguna más piadosa. ¡Cuán bien se ora en esas grandes dunas donde uno se siente á merced de cualquier accidente, de la menor pérdida de agua! ¡Con qué fervor el alma se encomienda allí á Dios y le da gracias! Mucho se sufre, aun bajo el sol de la primavera, con aquellas marchas penosas que duran desde la punta del día hasta el anochecer, con breves horas de sueño, interrumpido por las rondas nocturnas necesarias para mantener el celo de los centinelas.

Por fin, el santo día de Pascua llegamos á Bel-Heiran, donde ofrecimos el Santo Sacrificio en acción de gracias por las atenciones paternas de que habíamos sido objeto por parte de la Divina Providencia.

## EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

### XV

*Pesca de la merluza en las islas Lofoten.—Trabas al comercio de bebidas fermentadas.—El sol de media noche.—Isla, ciudad y Misión de Tromsø.*

A partir de Bodø el buque se adelantó por el ancho Vestfjord para conducirnos, marchando hacia el Oeste, á Svolvær (*V. el grabado, pág. 544*), en las islas Lofoten. Forman éstas un vasto hemicírculo, que parte del archipiélago de Vesteraalen, situado al Norte, inmediatamente delante del continente, y se extiende en el Océano á 150 kilómetros al Sudoeste. Las islas están tan próximas unas á otras, que parecen formar una cordillera continua de alturas y picos de miles de pies de elevación, de muros gigantescos levantándose del fondo de las aguas, y de ásperos desfiladeros. Por do quier revélase el carácter volcánico de aquellos montes. Inmediatos á ellos hay lenguas de tierra é islotes sumamente bajos, pero de espantosa aridez, mientras que en las montañas no falta una modesta vegetación. Entre los peñascos anidan gran número de pueblecitos de pescadores. No es la poesía grandiosa de estos parajes lo que ha atraído á tanta gente, sino la pesca de la merluza.

Esta pesca se hace en el Vestfjord, que separa las Lofoten de Tierra Firme, desde mediados de Enero á mediados de Abril, en que llega la merluza para desovar. Se la pesca con redes, en las que se atan como cebo arenque ó un pescadito de metal. En los tres bancos principales el pescado es muy abundante en este período. Una vez en tierra, abren las merluzas y las cuelgan de dos en dos en una percha para que se sequen. En talleres especiales se emplea el hígado para la fabricación de aceite, mientras que en otros se convierten las cabezas en guano. También se hacen cocer estas cabezas con ova para alimento del ganado. En estas regiones árticas, en donde es raro el heno, se dan á comer arenques salados á las vacas, ¡y los comen!

En la época de la pesca magna afluyen los marinos de todo el Norte de Noruega. Con frecuencia se ven en Vestfjord de cinco á seis mil buques, con más de treinta mil tripulantes. El producto de la estación no suele ser inferior á treinta y cinco millones de peces.

Esta pesca produce buenos rendimientos, pero cuesta cara. Desde luego aquellos pobres pescadores se albergan pésimamente en cabañas construídas por ellos mismos: en medio de cada una un hogar sirve para la preparación de su frugal comida. Su enemigo principal, empero, son las tempestades, que con frecuencia les sorprenden en medio del Vestfjord, á diez y veinte kilómetros de la costa. Si entonces vuelca la embarcación, procuran sostenerse en la quilla, provista á veces de anillos y ganchos: con frecuencia se encaraman á ella con sus cuchillos, clavados en la madera.

Aunque años ha se estacionan en estos parajes algunos buques de salvamento, raras veces salen con vida los infelices náufragos. Cuando una barca encalla en la costa, el número de cuchillos que lleva clavados indica casi siempre el de las víctimas. No creo que en ninguna costa del mundo haya tantas viudas y huérfanos como en el litoral del Nordland.

Una cosa complace aquí, y es que el Gobierno y los Municipios prohíben toda venta de licores alcohólicos durante el tiempo de pesca. En la última estación, sin embargo, á pesar de la prohibición de la ley, algunos establecieron despachos en Kabelvaag, pero pagaron caro su atrevimiento culpable, pues los mismos pescadores destruyeron sus barracas y arrojaron al mar el contenido de sus toneles. La legislación de las tabernas, por lo demás, es muy ejemplar en Noruega. Desde luego los comerciantes no pueden vender menos de doscientos cincuenta litros de aguardiente. Luego en cada población la mayoría de los habitantes adultos, comprendidas las mujeres, decide por dos tercios de votos la prohibición de la venta de licores, y cuando ésta se permite se confía á un *Samlang* (Sociedad por acciones), que no puede distribuir un dividendo que pase del cinco por ciento del capital. El exceso de beneficios se divide entre el Estado, el Municipio y el *Samlang*, para ser destinado en obras ó instituciones de utilidad pública. En Cristianía y Porsgrund los *Samlangs* de estas ciudades sostienen los hospitales de nuestras Hermanas. Únicamente las cantinas de las estaciones ferroviarias, para el servicio de los viajeros, dependen



directamente del Estado. Además, toda venta de licores fuertes, aun de cerveza, está absolutamente prohibida los domingos y días festivos, y aun la víspera desde las cinco de la tarde, para que los obreros no malgasten su jornal apenas cobrado.

Finalmente, las Sociedades de templanza, y las hay en todos los pueblos, son eficazmente protegidas por los poderes públicos. Gracias á ellas más de doscientos mil noruegos han hecho voto de nunca beber, ni preparar, ni comprar, ni vender licores alcohólicos. Por desgracia muchas de estas Sociedades están en manos de los Goods-Templars, las que, como la Santa Sede me ha contestado recientemente, á causa de su carácter de Sociedad secreta caen bajo las censuras eclesiásticas.

Contribuye á tener á raya la embriaguez la enorme tasa que pesa sobre la importación y fabricación de licores fuertes. Como los lapones especialmente están inclinados á embriagarse, se ha impuesto una sobretasa especial á la importación del aguardiente en Finmarken.

A media noche llegamos al centro del Vestfjord, y el astro del día, muy cercano al Norte, continuaba inundando con torrentes de luz purpúrea, dorada, rosácea, violeta y azulada las aguas silenciosas y las cimas resplandecientes de las islas Lofoten y Vesteraalen y la tierra firme. ¡Qué panorama! Imposible describirlo: no lo lograría nunca, y si pudiese hacerlo, no se me creería. Hallábamonos todos reunidos en el puente, nadando en ese Océano de tinte sin nombre, paseando nuestra vista por aquel país de hadas, sintiendo en medio de aquel silencio, que ni siquiera la gaviota se atreve á profanar con sus gritos, el vuelo del Angel de la noche, que franquea el espacio junto al Angel del día, silenciosos nosotros mismos, mientras que de cada corazón creyente sube hacia el cielo un himno sin palabras en alabanza del Señor, que sacó de la nada esas maravillas. ¡Oh, cuán bello debe ser su cielo, donde El mismo es el sol eterno del día y de media noche!

Después de visitados los principales puertos de las Lofoten, el capitán nos da la sorpresa de entrar en el famoso Troldfjord (*V. el grabado, pág. 541*), que separa el archipiélago de Lofoten de la inmensa isla de Hindø, perteneciente al archipiélago Vesteraalen. Es una hendidura tan angosta que apenas puede entrar por ella nuestro buque de alto bordo, y sus muros, surgiendo perpendicularmente del nivel del mar, son tan elevados que nunca un rayo de sol penetra en aquella caverna, donde el agua del mar es negra como la tinta. En el fondo se ve como suspendido en los aires un glaciar, que precipita un torrente de agua helada, cuyos vapores dan escalofríos. El capitán hizo disparar un cañonazo, al mismo tiempo que el piloto lanzó un fuerte silbido. ¡Gran Dios, qué concierto diabólico! Nubes de *eiders* asustados se precipitaron al mar dando desesperados gritos; bandadas de gaviotas revolotearon en torno nuestro mezclando al infernal concierto su voz estridente; de todos los agujeros salieron buitres silbando

de terror, y allá arriba, donde apenas nos atrevíamos á levantar los ojos para no ser presa del vértigo, águilas majestuosas parecían nadar en los aires y escudriñar los misterios que oculta nuestro abismo. Con gran trabajo el buque pudo virar de bordo para salir de aquel agujero.

Hacia medio día pasamos por la entrada del Ofotenfjord, uno de los más vastos fjords de Noruega; en el fondo del cual, en Victoriaharn, desemboca el ferrocarril aún no terminado que debe unir el puerto de Lulea, que está al Norte del mar Báltico con el mar Glacial, y entregar á los buques la inagotable mina de hierro magnético de Gellivara, llamada á eclipsar con el tiempo sus similares de todo el continente. En este mismo fjord se han descubierto también los enormes yacimientos de mármol, de infinita variedad de matices, que harán la guerra á las mejores canteras de Italia y Grecia.

Después de atravesar el Tjøellsund entramos en el Vaagsfjord, cuya majestuosa belleza compite con la del Vestfjord. ¿Veis á lo lejos, dominando la ciudad pequeña de Harstad, aquella flecha elevada que remata una pequeña, pero encantadora capilla? ¿Veis la bandera que ondea en ella para saludarnos? Es un santuario católico, la capilla de Santa Suniva, que mandé construir hace dos años apenas. Nuestro catequista nos aguardaba en el desembarcadero para conducirnos á ella.

Hacia mucho tiempo deseaba fundar un anejo entre Tromsø y Harstad, primero porque los católicos de la Lofoten y Vesteraalen, lo mismo que de la tierra firme, estaban harto lejos de su parroquia de Tromsø, y luego sobre todo porque esta ciudad, situada en el centro de las comunicaciones de la comarca y en la inmensa isla de Hindø, que cuenta cinco grandes parroquias protestantes, está llamada á ser la parroquia más importante de todo el Nordland. Ya en la edad media había muy cerca de Harstad una magnífica iglesia católica, de estilo gótico, llamada la iglesia de Trondenæs (*V. el grabado, pág. 541*), que sirve aún hoy de iglesia parroquial para los protestantes, y donde el cristiano encuentra con gozo los antiguos altares, y aun las obras maestras de escultura y pintura representando Santos católicos. De esta iglesia, prebenda de la catedral de Trondhjem, era párroco el preboste; de ahí el nombre de Trondenæs. En 1889 logré por fin adquirir en Harstad un terreno dominando el fjord y la ciudad, y permitiendo ver á lo lejos la iglesia de Trondenæs; pero sólo en 1893 pude terminar la nueva capilla (*V. el grabado, pág. 545*). La bendije el día de la Asunción, é instalé en ella un catequista que celebra reuniones religiosas, mientras que el vicario de Tromsø la visita periódicamente para el servicio regular.

Terminada la visita canónica en Harstad, fuimos en doce horas, por la vía marítima, al «París del Norte», Tromsø. Cuanto más se adelanta en aquel dedalo de estrechos, más grandiosa se ostenta la naturaleza. Pretender describir las severas bellezas del Salangenfjord y del Mjæsund, entre las columnas gigantescas del Aarbodstind y del Fraxtind, cubierta de nieve y hielo, y



proyectando en el golfo sus brillantes cascadas; el incomparable panorama de Kastnæsbaon y los encantos del gran Malangenfjord, de orillas amenas y fértiles, sería pretensión inconcebible.

Tromsø (*V. el grabado, pag. 548*), ciudad de siete mil habitantes y residencia de un gobernador y de un obispo protestante, se halla en el 69° 38' de latitud N., en la isleta del mismo nombre situada en el Tromsund, entre la tierra firme y la isla de Kvalø. La isleta es de inaudita fertilidad en aquellas regiones árticas; con bosques de abedules y praderas esmaltadas de flores, semeja una esmeralda, y hace olvidar las cimas cubiertas de hielo y nieve perpetuas que por todas partes limitan el horizonte.

En el puerto de Tromsø hallamos una verdadera flota, desde los yates de recreo procedentes de todas las partes del mundo, hasta los buques mercantes que vienen del mar Blanco para cambiar la harina de Rusia

siente como padre de todos sus fieles, y en su sencillo afecto adquiere la fortaleza para sacrificar su vida por ellos.

La iglesia de Tromsø (*V. el grabado de la página 545*), de suficiente capacidad y belleza, data de 1860.

### ESTADO DE LAS FAMILIAS MISIONERAS JOSEFINAS EN MÉJICO

ENTREGADO AL VISITADOR APOSTÓLICO  
ILMO. Y RVMO. D. NICOLÁS AVERARDI, ARZOBISPO DE TARSO

*Instituto de misioneros Josefinos*

EL 25 de Abril de 1896 el Ilmo. visitador Apostólico, Mons. Averardi, hizo la visita á la Casa Central de Misioneros Josefinos, fundada en Méjico por el Pbro. D. José Vilaseca.



NORUEGA.—Svolvær, en las islas Lofoten. (Pág. 542)

por la merluza de Noruega. Tromsø, en efecto, es ciudad comercial de grandísima importancia, y posee muchos buques que en estío van á cazar el oso blanco y la foca hasta en los hielos de Spitzberg.

Mas he aquí que una ligera barca hiende las aguas, y se agitan sombreros y pañuelos. Son mis dos compañeros que vienen á buscarme y llevarme en triunfo hasta la casa parroquial, en donde los niños me reciben con alegres cantos, mientras los mayores se apresuran á rodear á su Obispo y le estrechan cordialmente la mano. En las Misiones especialmente, el Obispo se

Habiendo examinado la capilla pública, el departamento de los novicios, el de los profesos y las escuelas de internos y externos pobres, no encontró ninguna cosa inconveniente.

El Pbro. D. José María Vilaseca (de Cataluña, España), fundó en Méjico los Institutos de Misioneros Josefinos é Hijas de María Josefinas.

El Instituto de Misioneros Josefinos fué fundado en 19 de Septiembre de 1872 (24 años de existencia).

Su personal, distribuido en siete casas, es el siguiente:



19 sacerdotes, 25 estudiantes profesos, 41 novicios, 23 coadjutores y 334 niños educandos pobres.

Este personal está distribuido de la manera siguiente:

I. — *Casa Central en Méjico*.—5 sacerdotes, 12 estudiantes profesos, 20 novicios, 8 coadjutores, 25 educandos internos y 82 niños pobres.

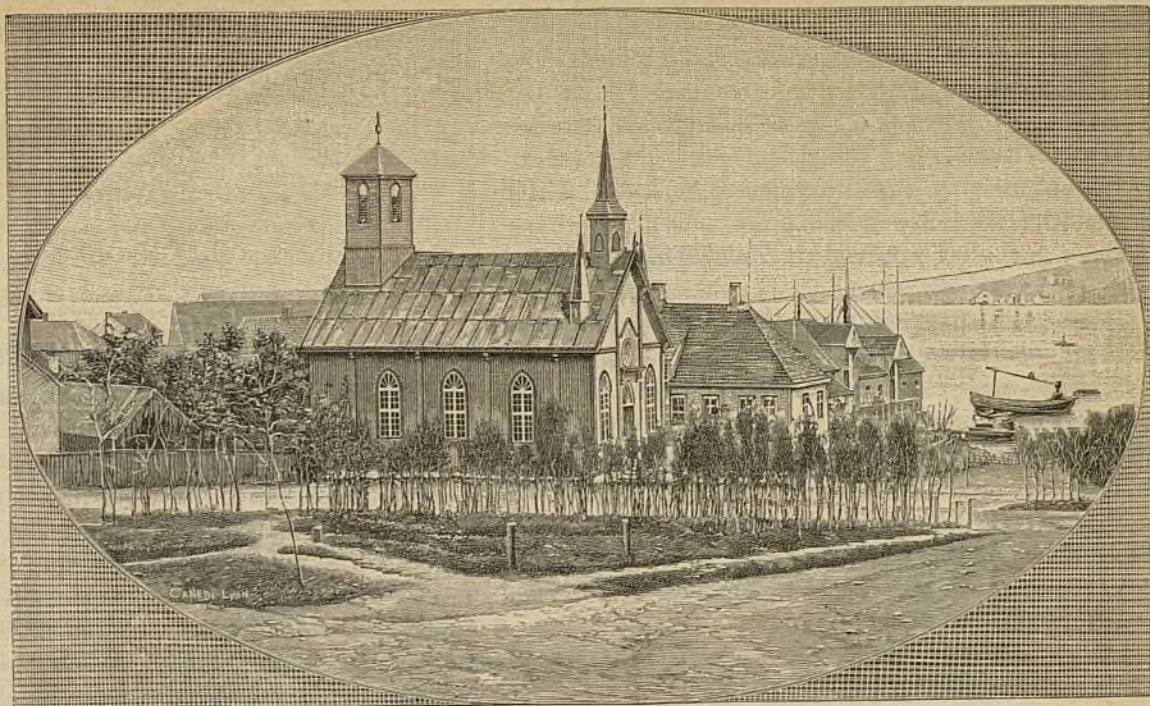
Hay una imprenta religiosa fundada en

1868 y destinada á la publicación de obras religiosas. Durante el tiempo que tiene de existencia, se han impreso en ella novecientos mil tomos y más de tres millones de cuadernos y hojas sueltas, sobre asuntos de San José.

Se publica además, en la misma imprenta, un periódico enteramente religioso: *El Propagador de la devoción á San José y á la Sagrada Familia*, el cual tiene también veinticinco años de existencia.

En el colegio Clerical, que fué fundado y estuvo bajo la dirección de los Padres Josefinos, se formaron más de 200 sacerdotes, que hoy ocupan varios curatos en Méjico y otras diócesis.

Desde el 72 hasta la fecha, los Padres misioneros Josefinos han dado en las diócesis de Méjico, Veracruz, Morelia, Cuernavaca, Tabasco y Chilapa 110 Misiones, en las que han comulgado cerca de medio millón de personas y se han casado por la Iglesia 22,000 amancebados. Han dado 80 tandas de ejercicios espirituales, y



NORUEGA.—Iglesia católica de Tromsø. (Pág. 544)

el personal de todos es de 20,000. En los ejercicios se han celebrado 3,200 matrimonios. La mayor parte han sido dados á gente pobre, y todos absolutamente gratis.

En las Misiones entre los infieles han sido bautizados, entre párvulos y adultos, muy cerca de un millar.

Han reedificado dos iglesias y un cementerio.

II.—*Colegio y casa Misión en Orizaba (Veracruz)*.—2 sacerdotes, 2 estudiantes, 1 coadjutor y 72 educandos.

III.—*Casa colegio y Seminario en Temascalcingo (Méjico)*.—1 sacerdote, 1 subdiácono, 4 estudiantes profesos, 21 novicios, 8 coadjutores, diez internos y 88 educandos pobres.

IV.—MISIONES ENTRE LOS INFIELES.—*Casa Misión Comalcalco (Tabasco)*.—4 sacerdotes 2 estudiantes profesos, 2 coadjutores y 72 niños en las escuelas.

V.—*Casa colegio y Misión en Batopilas (Chihuahua)*.—1 sacerdote, 1 estudiante profeso y 1 coadjutor.

VI.—*Casa Misión y Talleres en Siso quichic (Chihuahua)*.—2 sacerdotes y 4 coadjutores.

VII.—*Casa Misión en Temósachi (Chihuahua)*.—2 sacerdotes.

VIII.—*En el Colegio Pío Latino Americano de Roma*.—2 sacerdotes y tres estudiantes profesos.

Méjico y Abril, 24 de 1896.—JOSÉ TRONCOSO, S.<sup>o</sup>

*Instituto de las Hijas de María Josefinas*

Este Instituto lo fundaron en Septiembre de 1872 la Madre sor Cesárea de Esparza y el Pbro. D. José María Vilaseca. Hoy cuenta con un personal de 224 Hermanas, distribuidas en 28 casas.

El fin de esta Institución es: la educación de la juventud y la niñez, por medio de las escuelas, colegios y asilos de párvulos; la asistencia de enfermos en los hospitales y casas particulares, con especialidad en las epidemias del tifus, que son muy frecuentes en Méjico.



NORUEGA.—Capilla católica en Harstad. (Pág. 543).



Además, se ocupan en las tandas de Ejercicios que se dan á las mujeres pobres.

El personal antes dicho, se halla distribuído de la manera siguiente:

I.—*Casa Central (Méjico)*.—40 Hermanas profesas y 11 coadjutoras.

II.—*Seminario y casa de Asilo (Méjico)*.—2 Hermanas profesas y 29 novicias.

III.—*Escuelas y colegio en Huichapan (Hidalgo)*.—4 Hermanas profesas.

IV.—*Colegio, escuelas y orfanatorio en San Angel (D. F.)*.—6 Hermanas profesas.

V.—*Colegio y escuelas en Toluca (E. de Méjico)*.—5 Hermanas profesas.

VI.—*Colegio y escuelas en Jlototec (Hidalgo)*.—4 Hermanas profesas.

VII.—*Asilo particular de mendigos (Méjico)*.—14 Hermanas profesas.

VIII.—*Colegio y escuelas en Orizaba (Veracruz)*.—6 Hermanas profesas.

IX.—*Colegio y escuelas en Santiago Tianguistenco (E. de Méjico)*.—5 Hermanas profesas.

X.—*Hospital de beneficencia española (Méjico)*.—10 Hermanas profesas.

XI.—*Colegio y escuelas en Veracruz*.—4 Hermanas profesas.

XII.—*Colegio en Cunduacán (Tabasco)*.—3 Hermanas profesas.

XIII.—*Colegio y escuelas en San Antonio Cárdenas (Tabasco)*.—3 Hermanas profesas.

XIV.—*Colegio y escuelas en San Cristóbal Las Casas (Chiapas)*.—7 Hermanas profesas.

XV.—*Colegio y escuelas en Comitán (Chiapas)*.—6 Hermanas profesas.

XVI.—*Hospital y escuelas en San Andrés Chalchicomula (Puebla)*.—5 Hermanas profesas.

XVII.—*Hospital y farmacia en San Pedro Tlaclepaque (Jalisco)*.—6 Hermanas profesas.

XVIII.—*Hospital Concepción Béistegui (Méjico)*.—11 Hermanas profesas.

XIX.—*Colegio y escuelas en Tecamachalco (Puebla)*.—4 Hermanas profesas.

XX.—*Colegio y escuelas en Huatusco (Veracruz)*.—4 Hermanas profesas.

XXI.—*Colegio y escuelas en Cuiteco (Morelia)*.—2 Hermanas profesas.

XXII.—*Colegio y escuelas en Atzacapotzalco (D. F.)*.—3 Hermanas profesas.

XXIII.—*Colegio y escuelas en ciudad Lerdo (Durango)*.—5 Hermanas profesas.

XXIV.—*Escuelas en Orizaba (Veracruz)*.—8 Hermanas profesas.

XXV.—*Hospital y escuelas en Teocuitatlán (Jalisco)*.—4 Hermanas profesas.

XXVI.—*Hospital de ancianas en Orizaba (Veracruz)*.—3 Hermanas profesas.

XXVII.—*Escuelas y farmacia en Buenavista (Jalisco)*.—4 Hermanas profesas.

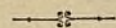
XXVIII.—*Colegio y escuelas en Comalcalco (Tabasco)*.—3 Hermanas profesas.

Méjico y Abril 26 de 1896.—SOR PATROCINIO LICEA, secretaria.

## ENCICLICA

### DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII

SOBRE NULIDAD DE LAS ORDENACIONES ANGLICANAS



LEÓN OBISPO

SERVIDOR DE LOS SERVIDORES DE DIOS

PARA PERPETUA MEMORIA

Nos otorgamos á la nobilísima nación inglesa una gran parte de nuestra solicitud y de nuestro afecto apostólicos, esforzándonos con el auxilio de la divina gracia, en imitar y seguir, como lo pide nuestro cargo, al gran Pastor de las ovejas, Jesucristo Señor Nuestro. Y esta benevolencia que Nos tenemos para dicha nación, se halla principalmente afirmada en la Carta que Nos dirigimos el año último especialmente «á los ingleses, buscando el reino de Cristo en la unidad de la fe. (Hebr. XIII, 20).» En ella evocábamos y recordábamos la antigua unión de esta nación con la Iglesia su Madre, y nos esforzamos en apresurar, excitando á este fin en las almas un celo ardiente para pedírsela á Dios, su feliz reconciliación. Recientemente aún, cuando en otra Carta dirigida á todo el universo, nos plugo tratar, de una manera general de la unidad de la Iglesia, dedicamos especialísima atención á Inglaterra, esperando que nuestra palabra podría fortificar á los católicos, llevando al mismo tiempo saludable luz á los disidentes.

Nos complacemos en reconocer un hecho que hace honor al buen sentido de dicha nación, y que demuestra la solicitud de muchos ingleses por la salvación eterna: á saber, la benevolencia con que fueron acogidas entre ellos nuestras instancias y nuestra independencia de lenguaje, que no se inspiraba en verdad en ningún cálculo humano.

Hoy, con el mismo espíritu y con iguales disposiciones, hemos resuelto aplicar nuestra atención á un asunto no menos importante, conexo con el primero, y que nos tiene también hondamente preocupado. La opinión general, confirmada más de una vez por los actos de la Iglesia y su constante disciplina, considera que entre los ingleses y bajo el reinado de Eduardo VI, poco antes de que su pueblo se separase del centro de la unidad cristiana, se introdujo públicamente un rito completamente nuevo en la colación de las órdenes sagradas, y que á consecuencia de ello el sacramento del Orden, tal y como fué instituído, no existía ya, ni tampoco la sucesión jerárquica. No obstante, en tiempos más cercanos, y sobre todo en estos últimos años, una controversia se ha entablado acerca de si las ordenaciones sagradas verificadas según el rito del rey Eduardo poseen la naturaleza y los efectos del Sacramento. Esta opinión ha sido defendida, ya en forma afirmativa, ó solamente en forma dubitativa, no sólo por algunos escritores anglicanos, sino también por un pequeño número de católicos, cuya mayor parte no eran ingleses.

La razón que impulsaba á los unos era la dignidad del sacerdocio, y el deseo de que sus sacerdotes no care-



ciesen de la doble potencia sobre el cuerpo de Cristo. Los otros pensaban facilitar por ese medio, en alguna manera, la vuelta de los primeros á la unidad. Los dos bandos estaban persuadidos de que por consecuencia de los progresos realizados por el tiempo en este género de estudios, y de la exhumación de documentos sumidos anteriormente en el olvido, nuestra autoridad podría oportunamente someter de nuevo este asunto á examen. Por lo que á Nos toca, no desatendiendo ninguna de esas opiniones ni ninguno de esos deseos, y prestando, sobre todo, oído á la voz de la caridad apostólica, hemos creído conveniente experimentar sin excepción, todo lo que podría conducir de algún modo á impedir la pérdida de las almas ó á facilitar la obra de la salvación.

A este fin Nos hemos tenido á bien consentir con benevolencia en que se remita á nuevo juicio esta causa, para que, gracias á la perfección soberana de una nueva discusión, todo pretexto, y aún la menor duda, pueda ser desvanecida en lo porvenir. Y he aquí por qué, escogiendo un cierto número de hombres eminentes por su ciencia y por su erudición, y cuyas opiniones divergentes acerca del asunto nos eran conocidas, les hemos encargado sentar por escrito los argumentos en que fundan su opinión, y habiéndoles reunido cerca de Nos, les hemos ordenado comunicarse sus escritos, y si preciso fuera, para juzgar con conocimiento de causa, apelar á informaciones suplementarias, buscarlas y pesarlas con cuidado.

Nos hemos dispuesto, además, que los informantes pudieran libremente consultar en los archivos del Vaticano los documentos ya conocidos que creyesen conveniente examinar, y buscar en ellos documentos inéditos. Hemos querido también poner á su disposición todas las actas de nuestro Consejo Sagrado, llamado supremo, que se refieran á este asunto, y todo lo que se ha publicado hasta la fecha por los hombres más sabios, en uno ó en otro sentido. Provistos de todos estos auxilios, hemos querido que se reuniesen en sesiones especiales, sesiones que se celebraron en número de doce, bajo la presidencia de un Cardenal de la Santa Iglesia Romana, designado por Nos, y en las que cada uno ha gozado de la libre facultad de sostener su parecer. Por último, Nos ordenamos que todas las actas de dichas sesiones, juntamente con los demás documentos, fueran sometidas á nuestros Venerables Hermanos los Cardenales, y que éstos, después de haber meditado la cuestión y de discutirla ante Nos, nos dieran cada uno su opinión.

Establecido este procedimiento, era justo no pasar al examen íntimo de la causa sin antes dejar claramente sentado en qué situación se encontraba de hecho, por las prescripciones de la Santa Sede y las tradiciones seguidas anteriormente, tradiciones cuyo origen y valor importaba mucho apreciar.

Por esto Nos examinamos, ante todo, los principales documentos en los que nuestros Predecesores, á petición de la reina María, dedicaron sus cuidados más especiales á la reconciliación de la Iglesia de Inglaterra. Sabido es que Julio III envió á este fin al cardenal Reinardo Polo, inglés de nación, hombre adornado de grandes méritos, en calidad de Legado *à latere* «como su ángel de paz y de amor,» y le confirió poderes extraor-

dinarios é instrucciones de conducta (1) que Paulo IV ratificó y confirmó posteriormente.

Para apreciar bien el valor de los documentos mencionados anteriormente, es preciso partir del hecho de que la misión á que ellos se contraen no era indiferente al asunto de la ordenaciones anglicanas, sino que á ellas se refería de un modo especial. Y claro está que si los poderes otorgados por aquellos Pontífices al Legado apostólico, concernían únicamente á Inglaterra y á la situación religiosa de aquella nación, del mismo modo las instrucciones dadas por ellos al Legado, á instancias de éste, no podían referirse á las decisiones generales, sin las que no son válidas las ordenaciones, pero debían atañer particularmente al caso de las ordenaciones sagradas en aquel reino, como lo exigían los tiempos y las circunstancias.

Además de la evidencia que resalta de la naturaleza misma y de la forma de aquellos documentos, es igualmente claro que habría sido absolutamente extraño en un Pontífice instruir, en cierto modo, acerca de las condiciones generales que son necesarias para llenar las funciones sacerdotales, á un Legado cuya ciencia había brillado hasta en el seno del Concilio de Trento.

Los que tengan esto en cuenta verán fácilmente, por qué en la Carta de Julio III al Legado apostólico en 8 de Marzo de 1554, se hace mención distinta de los sacerdotes, primero de los que *promovidos según el rito y legítimamente* debían ser mantenidos en sus órdenes, y después de aquellos que, *no promovidos á las órdenes sagradas*, podían ser *promovidos á ellas* si se encontraban *dignos y aptos*.

En dicho documento se advierte de una manera cierta y definitiva cómo existían en realidad dos clases de hombres: de una parte los que verdaderamente habían recibido las órdenes sagradas, tanto antes del cisma de Enrique, como posteriormente y por conducto de ministros imbuídos en el error y en el cisma, pero según el rito católico acostumbrado; de otra parte los que habían sido ordenados según el rito de Eduardo, y que á causa de esto podrían *ser promovidos* porque habían recibido una ordenación nula.

Que éste fué el designio del Pontífice, se ve claramente confirmado en la Carta del mismo Legado, fecha de 29 de Enero de 1565, transmitiendo sus poderes al Obispo de Norwich. Además, es necesario considerar lo que la Carta misma de Julio III dice de los poderes pontificios, que deben ser ejercidos libremente aún en favor de aquellos á quien la consagración *ha sido dada menos regularmente y sin conservar la forma acostumbrada de la Iglesia*: con estas palabras se designaba seguramente, á los que habían sido consagrados según el rito de Eduardo, pues además de éste y del rito católico no existía entonces ningún otro en Inglaterra.

Esta verdad se verá más clara aún si se recuerda la embajada que el rey Felipe y la reina María, siguiendo el consejo del cardenal Polo, enviaron á Roma en el mes de Febrero de 1555.

Los delegados regios, tres hombres eminentes y do-

(1) Expedidos en el mes de Agosto de 1553 por las Letras bajo el sello: *Si ullo unquam tempore et post nuntium Nobis*, etc.



tados de todas las virtudes, y entre los cuales figuraba Tomás Thirlby, obispo de Elis, llevaban el encargo de instruir al Pontífice de la condición de la Religión en Inglaterra, y pedirle, en primer lugar, que ratificase y confirmase lo que el Legado había hecho para la reconciliación de aquel reino con la Iglesia. A este fin fueron presentados al Pontífice todos los documentos escritos que eran necesarios, y las partes del nuevo Ordinal concernientes al asunto.

nueva forma ritual, que atentamente fué examinada por los Cardenales designados al efecto.

No debe pasarse en silencio un párrafo de la misma Carta pontificia, que tiene perfecta aplicación á este asunto, y en el que se cuenta entre los que no pueden gozar de la dispensa, á los que «han obtenido de un modo nulo de hecho, tanto las órdenes sagradas como los beneficios eclesiásticos.»

(Se continuará).



NORUEGA.—Vista de Tromsø. (Pág. 544)

Paulo IV, después de haber recibido con gran magnificencia á la delegación, y habiendo *discutido con cuidado* aquellos testimonios por algunos Cardenales, *después de una madura deliberación*, dió el 20 de Junio del mismo año y bajo su sello, la Carta *Præclara carissimi*. En ella, después de una plena aprobación y ratificación de los actos de Polo, dictó las disposiciones siguientes en lo que se refiere á las ordenaciones: «Aquellos que han sido promovidos á las órdenes eclesiásticas por otro que no sea un Obispo ordenado según el rito y legítimamente, están obligados á recibir de nuevo esas mismas órdenes.»

Qué Obispos eran aquellos que no estaban ordenados según el rito y en debida forma, lo dicen los documentos más arriba citados y los poderes aplicados á este asunto por el Legado, lo indican claramente, á saber: los que habían sido promovidos al episcopado ó á otras órdenes, *non servata forma Ecclesie consueta*, ó *non servata Ecclesie forma et intentione*, según el mismo Legado escribía al Obispo de Norwich.

No eran, pues, otros que los promovidos según la

## RUÍNAS DE UN PUEBLO JESUÍTICO

SAN IGNACIO (GOBERNACIÓN DE MISIONES)

**C**UANDO la crítica sectaria, dice un periódico de Buenos Aires, se eleve á la región serena de la verdad histórica, tejerá alabanzas en favor de la acción civilizadora de los hijos del Gran Loyola, en las Misiones guaraníicas.

Mucho y bien se ha escrito ya, no escaseando firmas de valía que denigran el decreto cesarista por el cual abandonaron aquellos parajes los misioneros de la Compañía de Jesús.

Tendríamos ahora ciudades florecientes; mas... ¡sólo nos quedan ruinas!

De éstas hablará el aprovechado Sr. Juan A. Ambrosseti, entusiasta explorador argentino, cuyo viaje al pueblo de San Ignacio (Misiones), verificado hace poco, contiene detalles dignos de mención.

Dice, pues, el Sr. Ambrosseti:

Al día siguiente, resolvimos visitar las famosas ruinas de los antiguos Jesuitas.



Montamos á caballo, acompañados por un peón brasileño, un riograndense alto, negro y bien proporcionado, que respondía al feroz nombre de *Maneco Tigre*.

Atravesamos campos fuertemente ondulados y cubiertos de flores, con abundantes isletas de monte espeso, en una extensión de dos kilómetros más ó ménos, hasta llegar á orillas de un bosque en el cual penetramos por una estrecha senda.

El carácter de los árboles denotaba la no muy avanzada edad del monte, que en su mayor parte se hallaba compuesto de naranjos que allí se habían desarrollado espontáneamente en aquel suelo lleno de piedras.

Ibamos subiendo, sin querer, una colina, recibiendo el hálito cálido del monte, impregnado de humedad y forjado bajo la agradable sombra de aquella vegetación desordenada.

De pronto entre los árboles empezamos á distinguir, una, otra y otras casas de piedra, alineadas en calles ó invadidas también por la vegetación inexorable. Las casas se conservaban en general bien, sus paredes, aún en pie, de piedra cubicada, se erguían con sus puertas y ventanas desnudas, conservando algunas de ellas engastadas en su masa, grandes vigas de *urunday*, que los sirvieron para sostener los marcos.

Los techos faltaban á todas, y dentro de ellas, los montones de tejas españolas yacían hechas pedazos desde cuando se derrumbaron.

Muchas casas tenían dos piezas, pero en general sólo eran de una de regulares dimensiones; en las paredes se notaban alacenas pequeñas que seguramente sirvieron para guardar imágenes de Santos.

Al rededor de las casas hállanse todavía gruesos pilares de piedra cuadrados, que estaban destinados á sostener el pesado techo sobrante de la casa, y á cubrir el corredor que debía proteger de los fuertes rayos del sol al misionero, dándole sombra.

Hoy cada pilar sostiene un riguroso y elegante chapitel de plantas de helechos, cuyas preciosas hojas se levantan airosamente.

Las casas se suceden, así como las calles. Por ellas vamos caminando precedidos por *seu Maneco Tigre*, quien con su afilado machete va abriéndonos paso por entre las marañas que las llena; declarando al mismo tiempo que nunca ha visto en los muchos años que hace de cicerone, viajeros más curiosos y caminadores que nosotros.

Ocho cuadras contamos de Norte á Sur, y otras tantas de Este á Oeste, edificadas de este modo; perdiéronse aún las ruínas entre el monte tupido por unas cuantas cuadras más, las que no andamos por estar casi completamente destruidas y ser de muy difícil acceso.

Luego que nos dimos cuenta exacta de lo que fué el pueblo, nos dirigimos á la plaza, en donde recibimos un baño de sol, por estar desprovista de vegetación arbórea.

El suelo sólo se halla cubierto de plantas bajas, llenas de flores, que hubieran hecho las delicias de un botánico por la enorme variedad de especies que allí se presentaban.

Este curioso fenómeno de hallarse la plaza sin la vegetación que cubre el resto del pueblo, debe seguramente atribuirse al pisoteo de los miles de indios que en sus

procesiones y fiestas diversas concurrían á la plaza, así como también al haber servido ese lugar para el tallado y corte de todas las piedras empleadas en la construcción de la monumental iglesia y demás edificios que al rededor de ellas se elevaban.

La plaza es amplia, tiene una cuadra por costado, y está totalmente rodeada de edificación de piedra.

Mirando al Norte, se hallan ruínas del grandioso templo de San Ignacio, todo edificado en piedra labrada, y de cuyo frente aparecen aún en pie tres grandes trozos, los únicos que se han salvado de los destrozos del tiempo y de los hombres.

El atrio de la iglesia con su concha, se ha derrumbado, y yace en el suelo delante de las paredes aun en pie.

La escalinata que daba acceso al templo se halla cubierta de escombros y vegetación; sobre ella aún se ve una losa fúnebre con la siguiente inscripción:

R. P. ENRIQUE CORDULE.

*Septiembre 1727.*

Allí debajo debe dormir su sueño eterno ese sacerdote, cuya memoria se ha de conservar en los archivos de la Orden á que perteneció.

Según se ve, en las paredes del frente no usaron las piedras cúbicas, como en algunas otras iglesias, sino que emplearon las piedras chatas, de poco espesor y de tamaño variable, que fueron colocando, calzándolas con pequeños fragmentos de otras para que nivelasen su talla irregular.

Esto quizás ha contribuido á que su conservación no haya sido tan duradera, puesto que las paredes así hechas ofrecen mayores resquicios por donde las plantas puedan arraigar, ejerciendo mayor presión con sus robustas raíces, en el interior de ellas, y por lo tanto mayor movimiento en la pared.

Al edificar el frente, del modo indicado, embutieron piedras talladas de antemano, que representaban varias figuras, ornamentos, etc.; igual cosa sucedió con las columnas del frente.

El todo fué cubierto por una gruesa capa de reboque, del cual no quedan hoy sino rastros: parece de color blanco.

La entrada principal del templo se conoce que fué amplia, flanqueada por columnas, dos á cada lado, que sobresalían de la pared.

Estas columnas, cuyos chapiteles tienen algo de corintio, pero con un carácter indio muy marcado, sostenían los extremos de una especie de concha que ocupaba la parte superior de la puerta.

Esta concha, que debió tener la forma de un sombrero napoleónico, terminaba sobre la mitad de la columna externa, en donde se elevaba una gran perilla de piedra.

Sobre esta concha, á juzgar por los restos que quedan, se destacaban de la pared otros adornos, como columnitas cuadradas, rosetas, etc.; y erguido sobre la perilla, aun se ve la figura de un Angel en pie, que en la mano izquierda sostiene una bandera, mientras mira á la derecha. Otro, que seguramente hacía juego con éste, debía hallarse del otro lado.

Sobre los chapiteles y en esa línea, una balaustrada fingida, tallada en la pared, corría á lo largo del frente.



A ambos lados de la puerta, debajo, y detrás de las columnas de la entrada, hallanse engarzadas en la pared dos grandes placas de piedra grabadas, la de la derecha con la cifra de Jesús IHS, y debajo de ella los tres clavos de la pasión, y en la de la izquierda la cifra de María cubierta por una corona, y debajo de ella el Corazón traspasado.

Estas cifras se hallan rodeadas por una elegante línea ondulada.

Una de estas placas fué arrancada de su lugar para transportarla á Buenos Aires para figurar, junto con otras cosas, en la Exposición Continental del año 1882, pero parece que una vez fuera de su lugar, no pudieron conducirla por el peso, y allí ha quedado en el suelo, delante de la puerta.

El interior de la iglesia es grandioso; las paredes laterales son todas de piedras cúbicas y de gran tamaño, colocadas con bastante prolijidad. El costado derecho tiene una serie de grandes ventanas también de piedras orladas de dibujos tallados en ellas, representando florones de formas raras, guardas formadas por una combinación de racimos de uva y espigas de trigo, y otras á cual más originales, pero todas ellas con un marcado carácter indio.

El piso de la iglesia debe contener muchas lápidas fúnebres con inscripciones en guaraní, como sucede en todas las iglesias que han quedado de los Jesuitas, pero desgraciadamente se halla tan cubierto de tierra, restos de tejas, piedras, escombros de todas clases y sobre todo de vegetación, que hace imposible el poder darse cuenta de ello.

Entre las piedras de las paredes han nacido cantidades de helechos y bromeliáceas, que con sus largas hojas ocultan á la vista mil detalles interesantes de aquella extraña arquitectura.

A la izquierda de la iglesia se encuentra un gran patio cerrado, que fué el cementerio de la Misión; hoy se halla también cubierto de árboles, cuyos despojos ocultan las piedras funerarias.

A la entrada se ven los restos de una capilla donde seguramente depositaban los muertos antes de enterrarlos, á fin de rezarles las oraciones de difuntos.

En esta capilla se notan aún más fuertes vigas de lapacho, empotradas en las paredes que sirvieron para sostenerlas sobre las puertas.

A la derecha de la iglesia están las ruínas del colegio ó casa de los Jesuitas: una flanqueada por dos pequeñas columnas de grueso chapitel con cabezas de ángeles alados, hoy destruída, da acceso al patio central.

A la derecha de la puerta, sobre un gran lienzo de pared, ha crecido del lado externo un gigantesco árbol de *ubapoi* ó higuera salvaje, ó higuerón, como también lo llaman, el que ha adherido á ella sus raíces como un pulpo colosal, sirviéndole al mismo tiempo de vigoroso sostén, que impedirá por muchos años su derrumbe.

El gran patio del colegio, rodeado de edificación, cerrado en el costado Oeste por la pared de la iglesia con sus grandes ventanas, que también de este lado están rodeadas de esculturas variadas, y por el Sur y Este con las muchas habitaciones que aun quedan en pie; había sido entonces transformado en un gran maizal por uno de los pobladores de San Ignacio.

En la esquina Sudoeste del patio hay una preciosa portada de piedra, toda esculpida, de estilo raro.

El arco superior lo forman dos grandes lozas que se adaptan exactamente, talladas de modo de dejar una abertura semicircular; éstas descansan sobre la pared, que representa columna y pilares también tallados y esculpidos.

En el arco, entre arabescos, se halla esculpida la figura de un jarrón con flores á que van unos pajaritos volando.

Los chapiteles de las columnas son cuadrados con cabezas aladas de Angeles.

Los de ornamentación son curiosos, y llevan todos su sello propio, medio civilizado y medio indio.

Esta puerta es una joya en aquellas ruínas, y es lástima que no se trate de conservar, despojándola un poco del exceso de vegetación que pesa sobre ella, la que tiende á destruirla, pues ya una de las piedras que forman el arco se ha zafado un poco, y no será extraño que el día menos pensado se venga al suelo.

Esta puerta da acceso á la galería externa del colegio, galería que se hallaba á lo largo de este frente, delante de la cual corría una magnífica balaustrada toda de piedra, de la cual hemos podido fotografiar una parte.

La balaustrada se hallaba formada por grandes paralepípedos de piedra con una simple moldura, alternados por columnas torneadas derechas y otros en forma de S.

En el centro hay una escalinata que descende á la que fué quinta de los Padres de Compañía de Jesús, toda rodeada de un muro de piedra que aun existe.

El edificio del colegio ha sido grandioso, y no merecía en nada á la magnificencia de la iglesia.

Se nota por las ruínas, que allí mucha gente durante largo tiempo trabajó en su construcción.

Tanto la iglesia como el colegio, á pesar del incendio que sufrieron en tiempo de la invasión del general Chagas, se hubieran podido conservar por muchos siglos aún, dado el trabajo ciclópeo con que fueron construídos; pero la vegetación de aquellos lugares ha acelerado en mucho su destrucción, derribando con sus raíces poderosas, masas enormes de piedras.

Estas ruínas no durarán ya mucho: la naturaleza, y los hombres de por allí, que no ven en ellas sino montones de piedras ya talladas y que presentan comodidad para ser empleadas en obras que les reporten utilidad, concluirán la obra destructora, si las Autoridades no toman medidas severas para contrarrestar ese vandalismo.

Para Misiones, las ruínas de los pueblos jesuíticos, representan un venero de riqueza futura.

Cuando haya mayor facilidad de transporte y el turismo se haya generalizado más en nuestro país, muchos, muchísimos se dirigirán allí para visitarlos.

Este fué el pueblo de San Ignacio Menique, que se fundó al principio cerca del de Loreto, en la provincia del Guayrá, sobre la margen del Río Yabebuyrí, en el año de 1555, por los españoles.

En 1631, por temor á los paulistas y tupis, su población huyó, y recientemente, en 1659, se estableció de nuevo en el punto que hoy ocupan sus ruínas.—(Gay).



## CRÓNICA

**España.**—El grabado de la página 540 es reproducción de una lámina sacada de fotografía, y representa el histórico castillo de Javier, en Navarra, tal como lo restauraron en 1892 los Duques de Villahermosa, Condes de Guaquí, deseosos de conservar bajo el manto de la Religión y volver al decoro del arte, la cuna de su glorioso antepasado San Francisco Javier.

Hállase situado tan peregrino monumento sobre el río Aragón, á dos leguas de la villa de Sangüesa y á media del histórico monasterio de San Salvador de Leyre. Perteneció primero á los Reyes de Aragón; el de Navarra, Teobaldo I, lo dió en 1236, con la villa de Javier, á Aznar de Sada, cuya última sucesora directa, D.<sup>a</sup> Juana Aznárez, casó con D. Martín de Azpilcueta, por donde el señorío de Javier, que habían seguido disfrutando los Aznárez, vino á unirse con el de Azpilcueta hacia el último tercio del siglo XV. Era entonces el castillo una casa fuerte, importante, no sólo por sus sólidas defensas y por el escudo de los Javier (que era luna escaqueada de blanco y negro en campo de gules) que ostentaba sobre la ojiva de su puerta, sino por el derecho de asilo de que gozaban sus señores, que les permitía amparar y defender á cuantos allí se acogiesen.

La hija de D. Martín y D.<sup>a</sup> Juana, D.<sup>a</sup> María, casó con el señor D. Juan de Yassu, y de este matrimonio nació, en uno de los aposentos del castillo, en 1506, y allí se crió, el que había de ser Apóstol de las Indias, cuya misión civilizadora había de elevarle á los altares, donde se venera con el nombre de San Francisco.

Algo padecieron los señores de Javier y su castillo cuando la conquista de Navarra por el Rey Católico. Y, andando los tiempos, vinieron á heredar la casa de Javier los Duques de Granada de Ega, de uno de los cuales, D. Francisco Javier de Idiáquez, Carbajal y Lancáster, Rebolledo de Palafox, que también llevaba el apellido Gonzaga, como descendiente de otra gloria de la Compañía de Jesús, lo heredó su nieta la actual Duquesa de Villahermosa, que con su esposo, el Conde de Guaquí, ha hecho la indicada restauración, y más aún, ha convertido el memorable castillo en residencia de Hermanos del Apóstol de las Indias, y en oratorio el aposento en que éste vió la luz para gloria de la Iglesia.

**Inglaterra.**—Al excitar el cardenal Richard, arzobispo de París, á sus fieles para que recen por la conversión de Inglaterra, les recuerda que hace medio siglo, en Octubre de 1837, el P. Jorge Spencer, lord inglés que se hizo Religioso Pasionista, nueve meses después de haber pedido al abate Desgenette, oraciones con aquel mismo fin, le escribía diciéndole: «Hace poco, y gracias sin duda á vuestras oraciones y las de vuestros fieles, estamos siendo testigos de numerosas y consoladoras conversiones de protestantes al Catolicismo.» Y fundándose en este hecho tan notable, espera el ilustre Purpurado que ahora se renueve, para lo cual, dice, es preciso orar con fe é insistente perseverancia.

**Montenegro.**—Acaba de publicarse el Concordato celebrado entre la Santa Sede y el Príncipe de Montenegro, y según el cual el Arzobispo de Antivari, jefe de los católicos del Principado, se comunicará directamente con el Soberano Pontífice, y podrá hacer la demarcación de las parroquias, de acuerdo con el Gobierno, que deberá proporcionarle un edificio donde no exista uno adecuado al efecto.

También se compromete el Gobierno á permitir que dos jóvenes montenegrinos abracen cada año la carrera eclesiástica, estudiando en un seminario de Roma las ciencias sagradas; y, por último, reconoce la validez de los matrimonios católicos.

**Tierra Santa.**—Los Hermanos de San Juan de Dios, españoles, han establecido en Nazareth una de sus piadosas fundaciones. Uno de ellos escribe desde aquella ciudad de Palestina la siguiente carta, que acompaña con dos vistas que reproducimos en las páginas 536 y 537.

«Un año hace que la santa obediencia me destinó á estos países encantadores, y á pesar de sentir separarme de mi España, vivo contento en medio de tantas privaciones y sacrificios que traen

consigo la misión hospitalaria entre gente de tan diferentes sectas como hay en Palestina.

«Dos son los hospitales que tenemos y en vísperas de fundar alguno más, y si tuviésemos los medios materiales, únicos que nos faltan para secundar los grandes deseos de todo hijo de San Juan de Dios, serían inmensos los beneficios que reportaría la única y verdadera Religión de Jesucristo.

«Con todo eso, en las dos solas casas con frecuencia presenciámos conversiones maravillosas de estas fanáticas gentes, ya en el curso de sus enfermedades, ya especialmente á la hora de la muerte, cuando el hombre piensa y reflexiona muy distintamente que en la salud. Es verdad que contamos con médicos y sacerdotes de la Orden indispensables en estos países, y movidos en su interior hasta los mismos turcos del cielo y desinterés material con que se les asiste, se sienten impulsados á confesar que no hay otra Religión verdadera que la de los cristianos *latinos*, digo *latinos*, puesto que también se llaman cristianos los cismáticos, de los que hay bastantes.

«No hace mucho tiempo que para curar una herida á un turco, el mismo Religioso médico se cortó un pedazo de carne para inocularlo en el enfermo, no sin grande exposición de la salud del Hermano, que pasó unos cuantos días con su correspondiente fiebre.

«Además del hospital, también visitan nuestros médicos á domicilio con igual solicitud á turcos, cismáticos, maronitas y *latinos*. Suplico á V. que nos ayude en lo que pueda, propagando esta Misión tan agradable al Señor, en estos propios países que El escogió para teatro de su vida y gloriosa muerte. Todos los medios nos vienen de Europa, y de varios periódicos católicos hemos recibido algunos donativos. Quiera el Señor que todo ceda en su gloria, como desea este indigno esclavo de los pobres de Cristo.»

**Noticias varias.**—Han salido con rumbo á la isla de Cuba los Religiosos misioneros de la Compañía de Jesús, P. José Retolaza y los HH. José María Belouqui y Andrés La Fuente.

Asimismo se han embarcado con destino á dicha isla los siguientes Religiosos Carmelitas descalzos, misioneros de Ultramar: PP. Fr. José Luís de Santa Teresa, Fr. Hilarión de San Juan Bautista, Fr. Juan Cruz de San José, Fr. Severino del Sagrado Corazón de Jesús, Fr. Eulogio José de Santa Teresa y Fr. Gonzalo del Sagrado Corazón de Jesús; y los HH. Fr. Domingo del Purísimo Corazón de María, Fr. Pedro José de Santa Teresa y Fr. Estanislao del Sagrado Corazón de Jesús.

—El R. P. Miguel de Carbonara, prefecto apostólico de la Misión italiana de Eritrea, ha dirigido á la Sagrada Congregación de Propaganda una importante relación, de la que resulta que en una población de 120,000 almas hay en aquel país 27,000 católicos, repartidos en 20 estaciones del rito copto y 4 del rito latino. Los sacerdotes católicos coptos son 36. Hay nueve Institutos y un Seminario con 212 y 45 estudiantes respectivamente.

## VARIEDADES

## EL PARAGUAS

(LEYENDA ABISINIA)

Ahora que la guerra de los italianos y la expedición de los ingleses y egipcios á Dongola han puesto de moda el hablar del imperio del Negus Menelik, vamos á reproducir una de las leyendas que se cuentan acerca de ese pueblo.

Es una tradición romántica, muy parecida á las que alguna vez hemos oído contar cuando niños, ó hemos leído en algunos libros piadosos, como acaecida en la edad media, en esa época de la vida social donde los hombres y los pueblos tenían corazones de joven, y albergaban en ellos las pasiones exaltadas de la prima-



vera de la vida, y vivían más de la idea religiosa, más en contacto con lo sobrenatural, más en brazos de la Providencia.

Abisinia es un país cristiano, aunque desgraciadamente no católico. En su credo mezcla no pocas herejías del Oriente, y sobre todo residuos y retazos del Judaísmo, ya que el emperador ó Negus de ese pueblo se gloria de descender del rey Salomón, no sabemos de cuál de sus mujeres. Por eso cabe perfectamente entre las tradiciones abisinias la que vamos á referir.

Vivía en Abisinia, en época que no señala fijamente la historia, un famoso malvado que tenía aterrado el país con sus atrocidades. Llamábase Roboam, y era un fornido hijo del desierto que había aprendido á maravilla la rapacidad de los beduinos. Los instintos del robo y del pillaje dominaban en su corazón con absoluto imperio, y al lado de ellos habían germinado y crecido otros no menos abominables.

El nombre de Roboam era en toda la comarca un nombre temible, y la historia de sus aventuras de facineroso la referían como un ideal de horrores y un tejido de tragedias de execración.

Era Roboam valeroso hasta la temeridad, de inteligencia despierta, de ingenio fecundo en trazar planes y combinar estratagemas y emboscadas. En vano los viajeros se armaban y precavían; él solo era capaz de presentar batalla á muchos hombres, y vencerlos y desbalijarlos. Pero el imperio del mal no es eterno, y el de Roboam tuvo su fin después de muchos años. El bandido se hizo viejo, y cuando pensaba abandonar el teatro de sus rapiñas é irse á rematar su vida en países lejanos á donde no hubiera llegado su nombre, hallóse de improviso un día prisionero y conducido hasta el mismo tribunal de justicia que el Negus presidía.

Conocía el Negus la historia de Roboam, y quiso revestir el juicio y la condenación del malvado de una solemnidad nunca vista ni conocida en los anales de la justicia abisinia. Al efecto, en la plaza principal de la capital de su imperio, hizo levantar el estrado para los jueces que habían de sentenciarle, y junto al estrado, y en sitio igualmente visible, una horca para colgar de ella al reo después de la sentencia.

La muchedumbre que acudió á presenciar el espectáculo era inmensa, y la atención de todos se fijaba principalmente en dos personas: en el Negus que presidía, y en el acusado, que apareció delante del tribunal amarrado con fuertes cordeles y con aspecto de terrible fiera.

Abrióse el juicio, y tomaron la palabra infinitos acusadores del bandido. El tribunal oyó historias espeluznantes, las tragedias más infames. Parecía que Roboam había rebasado los límites de la perversidad.

Cada una de las acusaciones era medida y justipreciada por los jueces, que para representar con algo plástico y tangible á los ojos del pueblo el crimen, habían dispuesto una balanza destinada á pesar las buenas y las malas obras. En el platillo de las malas se iban depositando piedras de diferentes colores, como símbolo de los crímenes cometidos: piedras amarillas

representaban los robos; piedras rojas los asesinatos y delitos de sangre; piedras negras los incendios; piedras verdes las violaciones y atentados. Bien pronto se llenó de piedras el platillo de la balanza, que vino á dar con el peso en el suelo.

—Defiéndete ahora, dijo el Negus con expresión solemne. Dinos las buenas obras que hayas hecho para pesarlas también con estas piedras blancas...

Hubo un momento de ansiedad en todos los corazones de los que asistían. Deseaban oír algo que pudiese abonar y favorecer la desesperada situación del bandido. Pero Roboam calló. Ningún reparo tenía que oponer á las acusaciones. Nada tenía que alegar en favor suyo, la conciencia no le presentaba ninguna obra buena para hacer el temido balance...

El tribunal estaba dispuesto á pronunciar el fallo ya, cuando de repente rasgáronse las nubes, y una mujer blanca y hermosa como la Madre de Dios descendió de los cielos, y fué á colocar en el platillo vacío una sombrilla. La balanza osciló, y el plato de los crímenes que yacía en el suelo subió rápidamente hasta colocarse en el fiel.

Asombráronse jueces y pueblo, y por un momento reinó un religioso silencio en la Asamblea. Roboam fué quien lo rompió, encarándose con la aparición y diciéndola con voz trémula, mientras su faz perdía la dura expresión de fiera y sus ojos se arrasaban en lágrimas:

—No recuerdo, señora, haber hecho en mi vida una obra buena; ni cuando era niño, ni cuando era joven, ni después que he sido viejo. El platillo del bien debe para mí estar vacío. ¿Por qué habéis puesto, señora, ese paraguas?

—Cierto día, contestó armoniosamente la blanca imagen, cierto día iba un pobre abisinio por el desierto. Se había extraviado y vagaba sin rumbo y sin esperanza. El ardiente sol había secado sus fauces; tenía una sed horrible, y no había quien se la apagase. Iba á morir, cuando os encontré á vos, que le proporcionasteis agua y sombra, y le salvasteis la vida. De esa buena acción es símbolo la sombrilla que acabo de echar en la balanza; da sombra y frescura, defiende del sol y de la sed, como vos defendisteis á vuestro hermano extraviado...

Conmovióse Roboam y conmoviéronse todos. El bandido derramaba lágrimas de arrepentimiento, y el pueblo de compasión y misericordia. Entonces la celestial visión recogió en el hueco de su mano una lágrima de aquéllas, y depositándola junto á la sombrilla inclinó la balanza del lado de la vida, desapareciendo luego como desaparece el rayo de la luz detrás de una nube.

El tribunal sentenció, y Roboam quedó en salvo. Y los años que vivió después de aquella escena, los dedicó á la expiación y á la penitencia, para que en la balanza del juicio divino pesasen más sus lágrimas que sus pecados.

Y esta es, según la cuentan las tradiciones de aquella tierra, la leyenda del paraguas de Abisinia.—E.